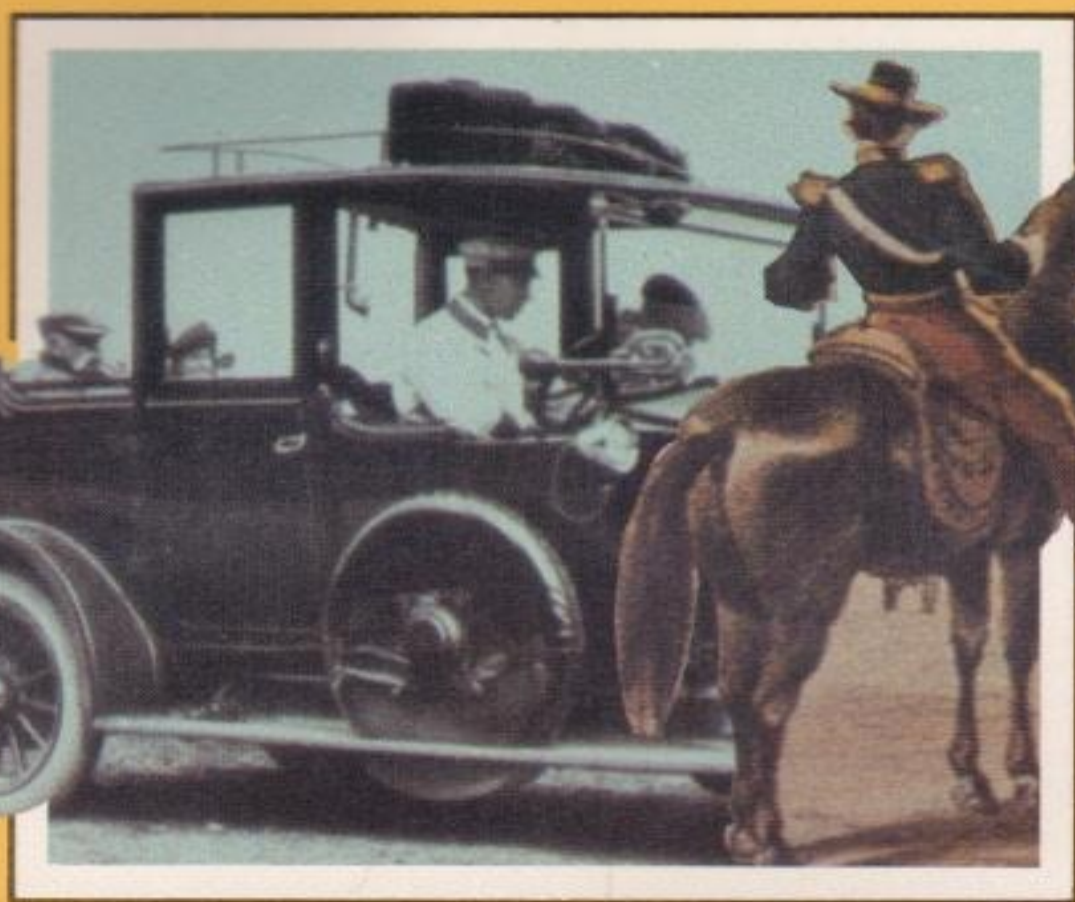


PERO GALÍN



Genaro Estrada

Lectulandia

Genaro Estrada (Mazatlán, 1887-Ciudad de México, 1937). Dedicó gran parte de su vida al servicio exterior. De 1923 a 1935 desarrolló una obra de ambiciosas proyecciones bibliográficas, localizó y difundió fuentes documentales para la historia social y literaria de México, como lo hicieron antes Francisco Sosa y Joaquín García Icazbalceta.

Entre 1918 y 1926 Francisco Monteverde, Artemio de Valle-Arizpe, Emilio Abreu Gómez, Genaro Estrada y Mariano Silva y Aceves publicaron las obras más representativas de la corriente colonialista. Si el interés por recrear las manifestaciones sociales y artísticas del virreinato mexicano identificaba a estos narradores, no menos los ha unido el calificativo de evasores ante los cruentos hechos revolucionarios; sin embargo, se ha valorado su contribución al enriquecimiento del lenguaje literario y al conocimiento del pasado.

Pero Galín (1926) cierra el ciclo colonialista al hacer una crítica demoledora a dicha corriente. María del Carmen Millán la calificó como «una completa sátira de la literatura de su tiempo [...] Enjuicia la literatura, especialmente la moda arcaizante, y en particular el personaje que, de espaldas a la realidad, vive en el pasado, entre vitrinas y retablos de la corte virreinal». Mezcla de crónica, ensayo y narración, esta novela ofrece una moraleja: no escapes de tu momento y circunstancia, pero tampoco aceptes una vida moderna como la norteamericana, opta mejor por una existencia sencilla y campirana.

De la bibliografía del autor destacan: *Visionario de la Nueva España* (1921), *Crucero* (1928), *Escalera* (1929) y *Paso a nivel* (1933).

Lectulandia

Genaro Estrada

Pero Galín

ePub r1.0

IbnKaldun 30.12.14

Título original: *Pero Galín*
Genaro Estrada, 1926

Editor digital: IbnKhalidun
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Género

Il est difficile de s'entendre sur le sens de la réalité.

Jean Cocteau, *Le secret professionnel*

Tiene la literatura mexicana, entre sus particularidades que los autores de futuros tratados no deben dejar inadvertidas, un género colonizante, que iniciado con los titubeos de Natal del Pomar y las novelescas reconstrucciones del general Riva Palacio, adquirió ya una suma de atributos esenciales, cuyo catálogo completo no es difícil ahora de rehacer y debe formarse sin pérdida de tiempo, tanto para que la erudición de la materia no sufra un punto, cuanto para que los hombres de letras del porvenir encuentren que solamente es necesario poner manos a la obra, como quien utiliza en la confección de los más intrincados guisos un infalible diccionario de cocina.

Desde que Ghislanzoni, estruendosamente comentado por la brillante partitura de Verdi, puso al alcance de todas las inteligencias la dramática historia del Egipto remoto, muy más accesiblemente que las interpretaciones de Champollion y que el tratadito de Maspero —cuyo éxito en las cátedras de exégesis artística es indudable— y la antigua Roma se traduce en estimables poemas aconsonantados con triclinios y lictores, las literaturas de reconstrucción florecen como una huasteca inextricable y andan por ahí odas persas y baladas árabes tan falsas como las canciones de Bilitis.

Por más que el americanismo de jaguares y de selva virgen ha hecho fiasco, debemos convenir en que el color local, tan buscado en el siglo XIX, se salva por obra del género colonial que, poco a poco, lo mismo en México que en la Argentina y en Chile —y en Estados Unidos mediante la arquitectura imitativa— fue cobrando voluntades y descubriendo vocaciones que pudieron haber fracasado en el ensayo inglés y en la novela rusa. Por otra parte, los aztecas y los incas están más lejos de nosotros que los virreyes y los oidores y es tarea más difícil la de interpretar sociedades aborígenes en el *Lienzo de Tlaxcala*, que la de animar un relato entre curas chocolateros, monjas de rosquillas de canela, fachadas del Sagrario Metropolitano y tormentos inquisitoriales elementos todos que, para regodeo de las bellas letras, no han acabado de desaparecer de entre nosotros.

El cofre «perulero», el vocabulario en tabla con sus inapreciables *eses* largas, la nao de *la China*, la loza de *la Puebla*, los azulejos de Churubusco, el Archivo General de la Nación, la colección Alcázar y la galería de retratos del Museo Nacional, serán todavía por muchos años almacén inagotable del guardarropa colonial y filones tan ricos como aquellos de la Valenciana, de felice memoria, hasta que agotados los temas y a vueltas con el repertorio, hágase imprescindible seguir el orden cronológico, pasar el género insurgente y de éste al del imperio maximiliano, el cual,

por lo menos, será garantía de un magnífico éxito en los círculos sociales, en donde se conserva aún el plato con monograma de su majestad y preside el estrado un retrato venerable del ancestro a quien por el año del 64 honrara con su amistad don Juan Nepomuceno Almonte, cuya lugartenencia es como el guión invisible en donde coinciden el término de la aristocracia europea en México y el principio de la aristocracia poscolonial, sustentada en las pingües concesiones del general Carlos Pacheco.

No debemos entregarnos al desaliento, sino hacer pujantes esfuerzos por salvar esta idiosincracia de nuestra literatura, cuya originalidad nadie puede disputarnos en el mundo de las letras; y si hasta ahora sólo el género novelesco fue el predilecto de la literatura neocolonial, quedan abiertos otros horizontes y pueden intentarse otros muchos ensayos. Y si nuestros consejos —*honni soit qui mal y pense*— interpretáranse por puñaladas de pícaro, no había más que lanzar una hojeada en torno. Voces nuevas surgen, aparecen imprevistos horizontes. Entonces, valientemente, echaremos los pintorescos despojos a la pira de los tributos y su homenaje será la espiral de humo que saluda a la nueva aurora.

Ometecuhtli y habedes

Engañaron sotylmente por emaginación loca.

Fernán Pérez de Guzmán, *Dezir de Loores*

Hubo, hace todavía pocos años, un revuelo de agudo regionalismo en la literatura americana. Entonces, como ahora, usóse la palabra *tendencia* para justificar el revuelo. Trátase, decían los enterados, «de un vigoroso movimiento hacia el arte autóctono». Cada vez que se habla de arte autóctono, ya se sabe que es un atrevimiento discutir la tendencia autóctona de ese arte.

Eran los tiempos en que los poetas líricos se acogieron a la poesía épica; tiempos de Tabaré y de Chimborazo, de Tequendama y de Popocatépetl, de selva virgen y de Amazonas, de águilas altivas y de «cóndor colosal de orlado cuello». Fresco estaba aún el recuerdo de aquél «esplendido es tu cielo, patria mía, de un purísimo azul como el zafiro» y la epopeya uruguaya se reflejaba en México, exactamente con la misma combinación métrica, en *La gruta de Cicalco*, la obra maestra de José María Bustillos, el entonces joven poeta a cuya muerte la crítica del tiempo lo señaló con el epíteto de «malogrado».

Y al grito de «hay que ir a lo nuestro», los poetas preludiaban sus odas, invariablemente, pidiendo la lira, ya a Apolo, ya a Zeus, ya a Clío, ya al historiador de más popular consagración de su república. ¡Dadme la lira!, ¡traed la lira!, ¡quiero la lira de robusto acento! Y, después, las subdivisiones: la septicorde, la tricorde y «la más pesada y negra».

Todo lo que fuera americanismo tenía por «el último grito». Y si lo continental presentábase como nacional y lo nacional se sazónaba con sabores de la región y de la provincia, el éxito estaba más asegurado. Así, «el último grito» tornóse en una ensordecedora gritería continental cuyos postreros ecos —ya más afinados y seguros— diolos la poesía de Chocano.

Lo indígena, particularmente fue lo preferido. Y era explicable, porque llegaba más a lo hondo de lo autóctono. En cada estrofa se insertaban palabras regionales indígenas, con sus correspondientes asteriscos o números de llamada y, al final de cada oda, caía en prolongada y sonora curva todo un torrente de erudición fisiológica. «Del *tirigay* en la empinada *curcha* el *pangelín* se llena de canciones» —decía, aproximadamente, uno de estos poemas regionales. Y abajo, seguidos de sus correspondientes números: «*Tirigay*, pajarillo que, como las alondras, canta sólo por la mañana y vive en las selvas del Orinoco; *curcha*, nombre con que se designa a los cerros de la frontera paraguaya; *pangelín*, árbol del Brasil, de la familia de las leguminosas, que crece hasta 12 o 14 metros de altura, con tronco recto y grueso, copa espaciosa y dispuesta en racimos, y fruto aovado de cuatro a cinco centímetros

de largo, con una sutura elevada y longitudinal: contiene una almendra dura y rojiza llena de un meollo de gusto entre amargo y agrio, muy desagradable, que se usa en medicina como antihelmíntico».

Cada país de la raza indo-española tuvo su momento de poesía indígena: recordad a don Tomás Ignacio Potentini, cantor de Urica, Mucuritas, Las Queseras, Boyacá, Carabobo y Pichincha. Su entusiasmo provincial manifestábase en estos desbordamientos;

Al narrar sangrientas cuitas
de nuestros nobles pamperos,
hay que romper los sombreros
cuando digan: ¡Mucuritas!

El «movimiento», como se le llamó entonces, tuvo su más alta floración en aquella *Oda a la agricultura de la zona tórrida*, con que don Andrés Bello sorprendió a medio mundo. El botánico poema tiene la lujuria tropical de aquella hora: como lianas en selva inextricable se enlazan en el tórrido canto «el arbusto sabeo», «el ananás que sazona su ambrosía» y «la fresca parcha», musas inspiradoras, sin duda, de la fauna y la flora que en el *Tabaré* mezclan «las negras plumas de urú», «las hogueras del Tapá», «los nervios fuertes cual ñandubay» y «la flor del guayacán».

En México el arqueólogo don Cecilio A. Robelo, dado también a devaneos de semántica, desentrañaba la teogonía nahua de los cuatro soles, en aquel canto cuya lectura era inútil de intentar si no se tenía a la mano el *Diccionario de aztequismos* del propio autor:

El Gran Ometecuhtli en Omeyocan,
con Omecíhuatl, su inmortal consorte...

Aquella fue, en la literatura española de América, la hora del Gran Ometecuhtli.

Pero muerta la última vestal de las evocaciones nahuatlacas, decadentes los estudios de erudición filológica que reconocían como ara sagrada de sus empeños al célebre diccionario de Remi Simeón, el color local se agazapó durante una veintena de años, mientras que amainaba el huracán de rayos y truenos cuyo inicial Jove dictador fue reconocido unánimemente en la persona de Rubén Darío.

De estampía y despavoridas huyeron las evocaciones indígenas y de aquel plumerío de colores, de aquellas sonajas de barro, de aquellos cascabeles de cobre, de aquellas macanas de ébano, de aquellos teponaxtles retumbantes, de aquellas chirimías doloridas, de aquellos pintados escudos de cuero, no queda sino el borroso recuerdo en los ejemplares raros que cuidan celosamente los bibliófilos y en las reproducciones de los códices que Peñafiel y el duque de Loubat reprodujeron con

acucia benemérita.

Habría de surgir y surgió en efecto, propagándose con persistencia y fecundidad, el género que la misma naturaleza, ordenada por el giro de la historia, marcaba en implacable cronología y entonces asistimos a la creación de una literatura que engordaba a ojos vistas con el evidente saqueo de esas sabrosas crónicas y leyendas en que son maestros reconocidos en América el peruano Palma y el mexicano González Obregón. Fue el desenterramiento de toda una guardarropía. Desenterráronse prelados y monjas, cerámica de la China, galeones españoles, odores y virreyes, palaciegos y truhanes, palanquines, tafetanes, juegos de cañas, quemaderos inquisitoriales, hechiceras, cordobanes, escudos de armas, *Gacetas* del 700, pendones, especiería, sillas de coro, marmajeras, retratos en cera y mil cosas más, en apretada y chillante confusión.

Cada objeto era una evocación; cada evocación era un tema. Y para el desarrollo de cada tema se acomodó un léxico especial, hecho de giros conceptuosos y torturados, de olvidados arcaísmos, de frases culteranas, de gongorismos alambicados, que se enrollaban y desenrollaban como un laberinto, que llamaban a las cosas por tropos inverosímiles y que, cargados y recargados de adornos pesados y crujientes afectaban la resurrección de una lengua que nunca ha existido. Surgió, en una palabra, la fabla.

La fabla es la médula del colonialismo aplicado a las letras. La receta es fácil: se coge un asunto del siglo XVI, del siglo XVII o del siglo XVIII y se le escribe en lengua vulgar. Después se le van cambiando las frases, enrevesándolas, aplicándoles transposiciones y, por último, viene la alteración de las palabras. Hay ciertas palabras que no suenan a colonial. Para hacerlas sonar se les sustituye con un arcaísmo, real o inventado, y he aquí la fabla consumada.

El escritor colonialista conoce bien estas triquiñuelas y las usa con aplicada técnica. Helo aquí ya en su mesa de trabajo, con la pluma alerta, porque una sociedad «artístico-recreativa» lo ha invitado para colaborar en cierto álbum, cuyos productos se destinarán a un asilo de señores sin trabajo. Habrá en el álbum —como lo pide el elaborado proyecto que formó la mesa directiva de la sociedad artístico-recreativa— artículos que según lo anuncia el prospecto, *reflejarán fielmente los diversos aspectos de la vida nacional, en sus múltiples manifestaciones*. No podía faltar, en consecuencia, el artículo colonial. Y así es como, después de concienzuda rebusca de los giros más adecuados y de verificar nombres y citas, el escritor colonial coge la pluma y escribe:

«Ésta es la verdadera crónica de lo que aconteció al Caballero de Santiago don Uriel de Lanzagorta, en ocasión de la publicidad de su relación que se imprime con el nombre de *La Famosa Villa de Meztitán y sus Primitivos Pobladores, y de otros sucesos que verá el curioso lector en el curso de la misma*».

El escritor colonialista se ha detenido un momento, para releer atentamente y, luego de meditar las palabras y de consultar el diccionario de la lengua y el de

sinónimos, pone una raya en donde dice *esta*, cambia la palabra por la de *aquesta*; sustituye la frase *de la publicidad* por la de *del aparecimiento*; altera *relación* por *mamotreto*; *imprime* por *estampa*; *sucesos* por *subcesos* y *misma* por *mesma*, cambios todos que, a su juicio, han sido hechos con palabras coloniales hasta no poder más.

Y luego que ha escrito el rótulo, adornándolo de preciosos rasgos caligráficos, empieza su relación de esta manera:

«Habedes de saber que el *anno Domini* de mil y quinientos y ochenta y cuatro años».

Aquella fue, en la literatura mexicana, la hora del habedes.

Galindo

I do not know how many years he has lived, perhaps forty, perhaps fifty, but he is very old. Something grey and bleak and hurtful, that has been in the world perhaps forever is personified in him.

Sherwood Anderson, *Horses and Men*

Se llamaba Galindo y nació en la villa de Solumaya, en uno de los estados de la frontera del norte. Solumaya es conocida en los documentos oficiales con el nombre de Solumaya de Chavira y en los documentos históricos se le llama la Heroica Solumaya de Chavira, porque en ella se distinguió, por el año de 1863, el coronel de la guardia nacional Justo Arcadio Chavira, quien en una acción de guerra derrotó con sólo quince patriotas de las guerrillas voluntarias a una partida de cuarenta invasores, entre los que iban zuavos y argelinos veteranos de los que habían llegado con Bazaine.

Solumaya de Chavira es una villa de cuatro mil habitantes, situada en un ameno valle y unida al resto del estado por una carretera que va a desembocar a la línea del ferrocarril central. Su comercio languidece por la postración de la agricultura, atendida a improbables lluvias, y es más importante la pequeña industria que está en manos de hábiles artesanos. Sus habitantes son, en general, laboriosos, honestos y retraídos. Parecen desazonados por el abandono en que las autoridades del estado tienen la villa, porque casi todas las obras materiales se destinan al embellecimiento de la capital y porque los regidores del honorable ayuntamiento del lugar se embolsan los escasos productos de la renta municipal. En consecuencia de ese retraimiento, las fiestas son escasas. Los domingos por la noche hay serenatas en el kiosco de la plaza principal, por la orquesta del maestro Corona, y entonces van las familias a oír la música y a tomar el fresco. El primer número de la serenata es una obertura y la obertura es casi siempre la del *Guillermo Tell*. El programa se cierra invariablemente con una marcha militar de las que compone el maestro Preza, famoso director de la Banda de Policía de la ciudad de México. Al terminar cada pieza, el público aplaude y hay sus comentarios.

—A mí me encanta Rossini —dice un caballero de edad—. Ahora la música está perdida con esas sinfonías modernistas y esos foxes estrepitosos. A mí que me den polkas y mazurcas y chotises y sobre todo óperas de Verdi, cosas que se entiendan y lleguen al corazón.

—¡Ay, sí —agrega una señora—, esto ya no tiene melodía!

Los grupos dejan las bancas y se ponen a dar vueltas en la plaza. En la acera intermedia entre el kiosco y los arriates del jardín están los pobres; las mujeres de rebozo, los hombres de sarape, mondando naranjas y cacahuates. En la acera exterior,

cerca del jardín, circula la clase media y hacia la calle y en sentido contrario pasean las clases elevadas, estableciendo al mismo tiempo diferencias cuyo imperceptible matiz sólo pueden discernir los antiguos vecinos y las gentes muy experimentadas en el conocimiento de la población. Porque en Solumaya las castas existen y funcionan con la misma complejidad y rigor que en una baronía de la edad feudal. La gran división se ha establecido en aristocracia, en clase media, llamada también de medio pelo y en clase baja o plebe, a la que los aristócratas llaman de *pelados*. A su vez, la primera clase comprende variantes entre la gente rica, los vecinos antiguos y sus alianzas, como los Rodríguez, los López y los Rodríguez-López, los pobres vergonzantes pero de buen origen y los nuevos ricos. Como en los camarotes de los trasatlánticos, la primera clase de la sociedad de Solumaya se subdivide en primera de primera, segunda de primera y tercera de primera, y entre éstas se encumbran como dentro de una fulgurante aureola, las tres familias que han hecho viaje a la ciudad de México, que conocen las ciudades norteamericanas de San Antonio, El Paso y Laredo y que tienen en sus casas gran espejo biselado y dragón de madera cerca del estrado, ajuar curvo de los llamados «austriacos», amplificación al carbón de los parientes y algunos cojinetes de raso por el suelo de la sala de recibir: algo así como la *cabinne de luxe* de un barco.

Cuando por navidad o año nuevo hay un baile en los corredores de la escuela municipal para niñas, surgen conflictos y disputas estridentes de rencor y casuismo.

—Yo no voy a ese baile —dice una de las Polancos— si invitan a las Martínez.

—¡A quién se le ocurre —exclama otra señorita— tamaña revoltura; porque aunque todas del mismo barro, no es lo mismo bacín que jarro!

Las más alarmadas con esta confusión de castas son las familias de tercera de primera, porque nunca imaginan que su clasificación baje del primerísimo lugar.

Señaladas, pues, con evidencia, las castas de Solumaya de Chavira, ya podemos decir con precisión que no deje lugar a duda, que Galindo procedía de la más elevada alcurnia del lugar. Su padre era de ahí y de su abuelo había felices memorias en las conversaciones de los viejos vecinos. Ambos habían explotado una mina de plata productora de un capital que permitía a la familia Galindo una vida muelle y abundante, incluso una volanta en la que se hacían excursiones a las huertas y aldeas de los alrededores. El nombre de Pedro —como en la iglesia católica— era la piedra angular de la casa: Pedro se llamó el abuelo, Pedro era el padre y Pedro se llamaba Galindo, descendientes todos de un español de la partida con que don Nuño de Guzmán asoló a los estados de occidente, en el segundo tercio del siglo XVI. Aunque con cierta oscuridad, el dato puede ser encontrado en los inapreciables infolios que el señor Ortega y Pérez Gallardo, genealogista y rey de armas si los hay, dio a luz en tres gruesos volúmenes que son como el faro y oráculo de cuantas personas se interesan en averiguar la no nada remota ascendencia de la nobleza mexicana.

Y no bien el menor de los Pedros salía de la niñez y podía ya leer de corrido el *Presente amistoso* —que era la lectura favorita de la casa, por haber obtenido un *nihil obstat* del párroco solumayano— y haber recibido religiosa preparación con el catecismo sabatino, sus padres empezaron a iniciarlo en las reconditeces genealógicas de la familia, clavándole en el espíritu, con inquebrantable tenacidad, la idea de la división y subdivisión de clases en la sociedad de aquel tranquilo lugar de la frontera. Y preparado de este modo, enviósele a la capital de la república, a la casa de la familia Vera, cuyo recato, costumbres y antecedentes eran garantía de la educación del joven y del celo que habría de ponerse para mantener sin deslustre el ya tradicional nombre de los Galindos.

Ya en México, encontróse Pedro con una familia muy semejante a la suya en usos e ideas, con la diferencia —que inmediatamente produjo en su espíritu sensación inefable— de que, más en contacto con una cultura superior, en vez del ajuar curvo austriaco, del espejo con dragón de madera, de los cojines de raso por el suelo, de la alfombra con león y paisaje africanos, de las amplificaciones fotográficas al carbón, de la mesa «de tortuga» con rodapié al *crochet* y quinqué alemán, de los búcaros con flores de papel de China y del biombo de otate, imitación del bambú japonés, había en ésta multitud de objetos que él presentía exquisitos y que ahora podía tener a la mano y gustarlos a su guisa, todos los días.

De todo aquello no tenían ni remota idea ninguna de las tres más encumbradas familias de Solumaya. Aquello sí que daba a las gentes un ambiente de refinado arcaísmo, de elegante antigüedad, de vida superior. Pedro Galindo oía de la familia de la casa intrincadas explicaciones, elaboradas historias sobre cada pieza de mobiliario y de adorno, que primero entendió con dificultad y que poco a poco, en complaciente esfuerzo, llegó a comprender con claridad. Pasadas las primeras *gaffes*, Galindo pensaba que nunca había salido de allí y que su conocimiento de las artes suntuarias era en él como una segunda naturaleza. Lo que hirió más vivamente su imaginación eran las cosas coloniales, porque tocaban más de cerca su manía tradicional en que habíase criado.

Del salón al comedor y las alcobas, pasábase las horas muertas señalando épocas, atribuyendo estilos, calificando maestrías. Conoció allí los bordados españoles del xv y el xvi, pesados de oro y plata, de ornamentación renacentista, con símbolos cristianos; leves manteles de altar, deshilados con primor en la vieja Malinas o en la tranquila Aguascalientes; las capas pluviales y los manípulos, con galón de plata en brocados lioneses o en terciopelos venecianos de un magnífico rojo avinado; los biombos de Coromandel, de lacas preciosamente ornamentadas con animales y flores; las esculturas guatemaltecas, de maderas pintadas con iridiscentes colores metálicos; platas segovianas, de grave ornamentación; sortijas de Oaxaca, trabajadas en hilo de oro, sutil y enmarañado; marcos de talla, con decoración de ramaje y manzanas, delicadamente estofados; llavines y cerrojos, labrados con rasgos, símbolos, monogramas y escudos por hábiles artesanos vizcaínos; gran copia de mancerinas de

plata y de porcelana, con las marcas de sus antiguos dueños; armas, damascos, cuadros, relicarios, vasos, escabeles, sortijas, braseros, candiles, relojes, piedras duras, marfiles y todos los demás restos de las artes mayores y menores que la dominación española trajo a México y los que en aquellos lejanos tiempos produjo el ingenio de los nativos.

Pedro Galindo vivió su juventud en aquel ambiente. A la muerte de sus padres heredó modestas rentas e instalóse en su propia casa, que fue llenando de colecciones, primero con el plan de la casa de los Veras, después alterándolo según su propia inspiración. Frecuentaba las colecciones de Gargollo, de Miranda, de Martínez del Río, de Nájera, de Schultzer, de García Pimentel, de Dunkenley; se sabía de memoria la colección de sortijas españolas de don Artemio de Valle Arizpe; coleccionó cuanto en artes plásticas mexicanas escribieron Manuel Revilla, Rafael Lucio, Edwin Atlee Barber, Francisco Pérez Salazar, Antonio Peñafiel, Sylvester Baxter, Federico Mariscal, Manuel Toussaint, el marqués de San Francisco, el Doctor Atl, Agustín Villa, Bernardo Couto, Alfonso Toro, Francisco Díez Barroso y Alfred Bossom; los domingos por la mañana hacía visita reglamentaria a las galerías de San Carlos, al Volador y al Museo Nacional, deteniéndose con más espacio en la colección colonial de don Ramón Alcázar; con su inseparable *Terry's Guide* recorría todas las viejas iglesias de la ciudad y sus alrededores; se pasaba las horas muertas en las tiendas de antigüedades de Gendrop, de Roubiseck, de los dos Bustillos; husmeaba en los bazares de españoles, en donde se suele encontrar cosas raras o simplemente viejas; se entraba por cualquier establecimiento de los que pueden semejarse al género de *objets d'art et de curiosité* y recibía las frecuentes visitas de Pérez, de Riveroll, de Salas y de toda la especie menor de vendedores de antiguallas y chucherías.

Ni el estruendo de la política, ni el ruido de la capital, ni los más escandalosos sucesos, eran bastantes a alterar el orden de su vida y el curso de sus ideas, y mientras más se aplicaba a la busca, examen y deleite de sus antigüedades coloniales, más se alejaba de la realidad de la vida consuetada. Vistióse fuera de la moda, con corbata de damasco, con zapatos de badana y con chalecos de pana; sustituyó el cronómetro por el reloj de llave y se prendió a la corbata una miniatura de azulejo de Puebla; usaba antiparras con grueso marco de carey y tenaza de plata para los cigarrillos, tomaba rapé en caja de madera y escribía con pluma de ave.

Llegó a ser, en fin, un anacrónico caballero del siglo XVII en una ciudad con automóviles, rotativas y estaciones de radio. Y como su nombre, que era un lugar común a pesar de las referencias del nobiliario de Ortega y Pérez Gallardo, sonaba a vulgo y modernidad, decidió usarlo de un modo más consonante con sus gustos y costumbres coloniales y sin pensarlo mucho, fuese derecho a la imprenta más antigua de la ciudad y ahí, en caracteres góticos, hizo estampar en tarjetas de visita una sola línea que decía: Pero Galín.

El cuaderno de notas secretas

Some men are born legendary, others achieve the distinction, while others still have legend trust upon them.

Isaac Goldberg, *The Man Mencken*

Huyamos de la palabra *imaginista* —¡oh, tiempos!—, tan inquietante y tan moderna. ¿Por qué no conservar la de *imaginero*, tan sabrosamente colonial?

Las Ordenanzas de Gremios nos dicen que *imaginero* era el tallador de imágenes. Y bien, amigos míos, hombres de letras, ¿por qué no habíais de ser vosotros, los imagineros de hoy en día?

¿Habéis visto esos viejos tarros de Guanajuato, tan ebúrneos, con sus listas rojas, azules, moradas y no os evocan pantorrillas que lucen, lánguidas, en la playa, sus medias rayadas?

Esos vasos que llaman *canillas* dicen unos, «Del Carmen»; dicen otros, «Del Convento de Teresitas»; dicen otros, «Uvate fino». Todos, por diversos modos, sugieren dulzura.

Imaginaos que desaparecieran al mismo tiempo ciertos anticuarios de México: Riveroll, Pérez, Monsieur Gendrop, Roubiseck, Bustillos, Salas... Sería un cataclismo que suprimiría, instantáneamente, el curso de nuestra tradición colonial. No más Cabrerías inéditos, ni damascos, ni plata quintada, ni sillas frailerías, ni cajas de alcanfor, ni marcos de talla, ni Talaveras del XVIII, ni *agnus* en cera. La literatura perdería, también, una fuente de inspiración irreparable.

Tomad un plato cualquiera; decoradlo con azul de añil. Si lo cubrís de pintura y le ponéis paisaje minucioso, os resultará inglés auténtico, un Hepple inconfundible. Si solamente lo decoráis con ramaje y guirnalda, con grandes claros, será Talavera poblana, un siglo XVIII absolutamente irrefutable.

Anoche, durante una hora, estuve elaborando esta frase: «Señora mía y dueña: acoged, mísero de mí, en el acomodado forlón de la vuestra benevolencia, el lueño perfume que en tímido azoro despide la pitiflor del ánimo». Me parece que esta tirada no tiene desperdicio en una novela de género, que he de aderezar entre visorreyes y objetos suntuarios, cuyos nombres ya he encontrado en cierto inventario del Archivo General de la Nación.

A Tolsá, renacentista de insospechable procedencia, ¿por qué esa insistencia de mezclarlo en las cosas del coloniaje mexicano?

Si Moralitos no fuera vivido, ¿existirían, por suerte, tantas telas de la escuela mexicana, tal Juárez y tal Villalpando y tal Echave y habrían llegado a México este Piero della Francesca y aquel Bernardino Luini? ¿Cuándo, en la historia de las artes plásticas en la república, se acogerá con reverencia el nombre de Moralitos?

¡Lo que ha elogiado mi último visitante este retrato veneciano! Se fue convencido de que era un Palma. Moralitos, genio inédito, ¡quién te lo hubiera dicho, cuando lo recubrías pacientemente de chapopote con aguarrás, lo dejabas al sol veinte días, en la azotea de tu casa; le ponías el *craquelé* en el horno de los bollos y con tu escopeta, a fuerza de perdigonadas, le diste ese aspecto de polilla secular!

Lista de los objetos que faltan en mi colección colonial y los cuales pienso adquirir en cuanto cambie la fortuna:

El único ejemplar del *Túmulo imperial de Carlos V*. (Lo tienen los herederos de don José María de Ágreda y piden por él cinco mil pesos. Si no lo compro, irá a parar a la Universidad de Texas.)

El ángel de marfil de la colección Alcázar.

Una espineta de rosa. (La atribuiré a la señora marquesa de las Amarillas, que es la señora más colonial de nuestra literatura.)

Un espadín de Maximiliano. (Conozco cerca de cuarenta.) Además, Maximiliano no es colonial; pero no sé por qué me parece que el espadín quedaría muy bien en una colección colonial.

Unos ornamentos sagrados del XVI. Han de ser toledanos.

Un costurero con almohadilla de seda. (Los hacen, casi auténticos, las alumnas de La Corregidora.)

Un ejemplar de los *Diálogos latinos* de Cervantes de Salazar. Tengo la edición de don Victoriano Agüeros; pero es del siglo XX. La edición de García Icazbalceta es del XIX, y en consecuencia es más colonial porque el siglo XIX se acerca más al XVIII.

Un almirez de cobre. (El almirez de cobre siempre me ha sugerido idea de cosa antigua.)

Un Cristo de marfil sin brazos. (El Cristo con brazos denuncia, irrecusablemente, procedencia más moderna que el Cristo sin brazos.)

¿Qué sería de nuestra literatura colonial si no existieran las siguientes palabras: pitiflor, sacabuche, forlón, magüer, gregüesco, usarcé, Talavera, gorgorán y damasco?

Por los bazares de este tiempo han pasado cien veces más arcones coloniales de talla, que todos los que hubo en los tres siglos de la Nueva España. Se podría hacer un cálculo semejante de las casullas, sillones, repisas y cajoneras, lo mismo que de las sortijas en esmalte azul, de Maximiliano.

¿De dónde ese empeño en hacer que todos los personajes de las relaciones, novelas y cuentos coloniales beban precisamente el chocolate, tan antiguo y tan moderno?, ¿no convendría más sustentarlos con arropes, y tisanas y caldos forzados? Urge organizar la lista con nombres sonoros y arcaicos.

Es tiempo ya de creer que no solamente se bailaba la contradanza en la época de la colonia. Con anacronismos de más o de menos, se podrían intercalar, como al descuido, el ostendés y la varsoviana, tan lejanos del chárleston.

En la época colonial los diálogos se sucedían de esta manera:

—Buenos días.

—Buenos.

—¿Por dónde andas tú ahora?

—Me voy a ver a la Ildefonsa.

—¿Qué líos son esos que te traes?

—Chico, se vive como se puede.

Pero el *coronista* terquea en que ese diálogo era de este otro modo:

—Que tenga su merced muy buenos días.

—Dios nuestro señor nos los dé colmados de bienes por siempre jamás.

—¿Y en cuáles penumbrosos sitios pone los pies usarcé, que ya no me concede el don de su presencia?

—Mi señora doña Ildefonsa, la cuitada, que roba la calma de mi sosegado vivir...

—¿Quiere decir usarcé que el pagano Eros toca con un punzante dardo la mortal entraña?

—¡Pues que así lo quiere el Altísimo en sus designios inescrutables! *Laetus in praesens animus, quod ultra est oderit curare et amara lento temperet risu...*

Ética y estética

Such is the irony of life; the evil seed he helped to sow has enormously increased; and his poet's dream is as wistfully lone as ever.

Waldo Frank, *Salvos*

Así, pues, Pero Galín ya no era de este mundo. A los treinta años, a la edad en que los europeos empiezan a hacer cola para allegarse a la gloria y aspirar, a los sesenta, al sillón de los inmortales o a una cartera en el gabinete, Pero Galín era una «pieza» de las muchas de su colección. Sentía —y mantenía con morosa delectación y con inocultable instinto— una sincera repugnancia por las cosas modernas; abominaba de la novedad.

Su casa era la casa de «taza y plato», vieja, fría, sin gota de sol en las piezas, con su maderamen chirriante en el piso, con su salitre desconchado en los muros disimulados por grandes cuadros de damasco; ardía el velón de cobre en la mesa atestada de papelones; relucían, en las noches de invierno, los carbones del gran brasero de latón; en el cubo del zaguán alumbraba el mechero de petróleo que una criada cuidaba de ir recortando cada semana y lucían en el bufete el anacrónico recado de las plumas de ave, el papel «de mano», el pulverizador de la marmaja y la caja de las obleas.

Casi por casualidad, en la calle, había oído hablar del jazz y algún amigo habíale explicado, entre escandalizados comentarios, qué música era ésta, de contorsiones de baile negro y de desarticulados sonos de banjo y saxofón. Cuidóse, desde entonces, de que la noche lo sorprendiera cerca de algún cabaret que pudiera herir con el ruido de la moderna orquesta sus puros sentimientos coloniales.

—Me daré una pasadita por Santa Inés —decía en ocasiones en que despertábase su gusto musical—. ¿Ha oído usted el órgano de Santa Inés? ¡Ah!, dicen que no hay órgano mejor en México.

—¿Usted conoce el del cine Olimpia —replicaba un inoportuno—, ese instrumento que no tiene otro rival que el del teatro Capitol de Nueva York?

—No, no conozco ningún cinematógrafo, ni quiero conocerlo —argüía Galín, molesto—, porque en ellos el arte tradicional se desdora y rebaja.

El automóvil era su diaria pesadilla. Cuanto tenía relación con el coche mecánico, lo irritaba. Irritábalo el ruido de las bocinas, que turbaba el inefable silencio de sus habitaciones; el humo de la gasolina, que se introducía por zaguán y ventanas; el grito agudo de los muchachos que reclamaban pasaje para los camiones; el rumor de los motores y el silbato de los agentes de tráfico.

—¡Agua y aire gratis! —decíase comentando el reclamo de las estaciones de

combustible— ¡como si el aire y el agua no fueran dones universales de la divinidad!

Su mediana fortuna, asegurada en casas de las llamadas «de productos» y en hipotecas —deseo de los ricos mexicanos— proporcionábale tranquila holganza y un vivir sin sobresaltos, entre su colección de antiguallas. Y así, su programa cotidiano realizábase fácil y mecánico. A punto de las seis, Pero Galín dejaba su monumental lecho de baldaquino, vestíase su batín de terciopelo con brandeburgos, sus zapatillas bordadas con estambre de colores, su gorro con borla y hechas las abluciones no muy largas ni completas, esperaba que la criada le entrara el desayuno, que iba colocando en una mesilla de nogal toda llena de taraceas de hueso. Y mientras que pasaba la vista, una vez más, por los cuadros religiosos de Villalpando, por el grupo escultórico de la sagrada familia, por el escabel dorado, por la palangana de azófar, por el baulillo de cuero rojo claveteado, iba consumiendo, en plácido sosiego, el chocolate oloroso de receta exclusiva, las empanadillas de crema, las puchas empolvoreadas de azúcar y el gran vaso de leche con que solía rematar la colación matinal.

Nada de periódicos. Los periódicos, con sus noticias truculentas, con su afiebrada oportunidad, con sus comentarios sobre la política militante, apuraban sus nervios. Sólo en algunas ocasiones, cuando visitaba la casa de algún anticuario erudito, hojeaba *The Connoisseur*, la revista inglesa que con sus anuncios de ventas pasma a los coleccionistas de muebles, de porcelanas y de cuadros.

A las diez salía de casa. Atravesaba algunas calles, indiferente a la vida circundante, y llegábase a la Alameda a tomar el sol. Recorría paso a paso las callecillas del parque, examinaba las estatuas de las fuentes: el grupo de la murmuración, el Neptuno, el Mercurio de Gianbologna, la Venus; dejaba arrebatar su fantasía ante la insípida balaustrada de las bancas de piedra, sólo porque enantes rodeaba, en la Plaza Mayor del tiempo colonial, la estatua de Carlos IV y acomodábase, por último, en una de las bancas de hierro, provocando la desesperación y el comentario irrespetuoso de los limpiabotas que por ahí transitan y que no podían habérselas con los zapatos de aquel extraño personaje, por ser la badana reacia al trabajo de los lustradores.

Las tardes marcaban los momentos más importantes de la vida de Pero Galín. Después del almuerzo y la siesta, recibía o daba visitas a las dos o tres personas de su intimidad y colonialistas que iban a comentar y a debatir con él los puntos de duda de su sabiduría, y las noticias sobre las últimas ofertas y adquisiciones.

—A ver, señor Galín —decíale uno de estos coleccionistas— ¿qué me dice usted de este retrato en cera que acabo de comprar en diez pesos? Un joven que estaba en el bazar cuando yo adquiría el retrato, me aseguraba que éste es una falsificación de arte industrial y que no tiene «carácter». Me hablaba no sé qué cosas de la cuarta dimensión, me citó a Picasso y acabó por decirme que cuando él fuera ministro de Educación Pública mandaría quemar la colección Alcázar y le daría el cese a Ramos Martínez, el director de la academia. Amigo mío, a lo que hemos llegado: ésta es la

influencia de Diego Rivera —y su herido sentimiento artístico desquitábase, al fin, con un largo suspiro de hombre calumniado.

—Veremos el retrato —decía Pero Galín cogiendo el que se le ofrecía. Y después de examinarlo un rato, con minuciosa rebusca de detalles, agregaba:

—Vea usted: el color natural de la cera se sombrea en las curvas; la tela que está adherida al busto es una tarlatana de las que no se fabrican hace muchos años; el pelo se ha vuelto verdoso; el rojo de los labios se ha transformado en rosa transparente. Además, estos vidrios en concha ya no se encuentran; el latón del marco está trabajado a mano y las uñas que afianzan el marco son de las recortadas en punta. Puedo asegurarle, amigo mío, que este retrato en cera procede de fines del siglo XVIII.

Y con este dictamen, el feliz conquistador de la chuchería retirábase absolutamente convencido de que tenía en su poder un tesoro indiscutible.

Pero no todo era regodeo de estética y *expertise* coloniales en la vida de Galín. Como quien se aparta en retiro exclusivo para la contemplación de la más rara pieza, Pero Galín había apartado algunos momentos de su cotidiano horario para una visita que no tenía nada qué ver con anticuarios, bazares y museos. En la casa de los Veras, Carlota no era ya la niña de colegio, con su traje azul de listas blancas. Ahora era la señorita que de pronto se revelaba bella, inteligente, atrevida, extraño brote de aquella familia tradicionalmente conservadora. Pero Galín, que había visto crecerla, que había sufrido sus pequeñas impertinencias, sentíase ahora atraído por la gracia de aquella mujer que lo acogía siempre con una sonrisa inefable. Las frivolidades que no podía soportar en otras gentes, las conversaciones baladíes que en otras personas encontraba intolerables, en Carlota parecíanle de un encanto particular. Naturalmente, Galín acabó por encontrar la contracción colonial para el nombre de Carlota. La llamó Lota.

Amor y antigüedad

Amor, yo nunca pensé...

Juan II, *Canción*

Lota era el raro producto de su especie, el fruto extraño que a veces se encuentra en una familia en la que por varias generaciones sus miembros tienen absoluta identidad física y moral y los bisnietos hacen las mismas cosas y mantienen las mismas ideas de sus abuelos; la excepción de una regla; el fenómeno que viene a trastornar un orden tradicionalmente inalterable. Y en la casa de los Veras, como en la de los Galindos, las genealogías habían transcurrido sin modificaciones ni sobresaltos hasta la aparición de Lota, verdadero producto revolucionario, hija de una época decisiva y audaz.

De los usos y costumbres familiares, Lota había conservado, intactos, dos atributos: su honestidad mantenida con decisión en el arrebató de la vida moderna y la escritura larga y angulosa que imponen a sus discípulas las damas de los colegios del Sagrado Corazón. Se asfixiaba en el ambiente de la casa familiar. Con su genial *sense of humour* metía la alarma y el escándalo en la rígida medida de sus parientes, burlándose con aguda intención de cuantos vejesterios formaban el escenario del viejo hogar; de la falda larga, el moño y las trenzas de las tías cincuentonas; de los retratos al carbón; del álbum de fotografías; de la merienda de las cinco de la tarde; del gato con listón al cuello; de la afición al teatro de Echegaray; de la lámpara colgante con polea de cadenas; de cuanto detalle era característico de aquella casa sin renovación.

—Ya sé —comentaba Lota entre grandes risas— cuál es el obsequio que enviarán de mi casa en el día del santo de doña Isidora: será un gran platón con arroz de leche; encima un rótulo con polvo de canela que diga: *A doña Isidora, muchas felicidades*; cubriendo el arroz de leche una servilleta, dura de almidón; al entrar el obsequio, el criado anunciará, inevitablemente: «Aquí está esto, de parte de las señoras Veras, para que se lo echen en una muela; y que les hagan el favor de devolverles el platón y la servilleta». Y volvía a reír locamente, entre la indignación de las pobres tías.

—En casa —decía Lota otras veces— vivirían felices las ratas. Fuera de mi alcoba, lo demás se podría vender en el Volador.

Su alcoba, en consecuencia, era la nota desentonada en aquella casa. Habíala decorado con papel de plata; una gran linterna de pergamino y armazón de metal reluciente pendía del techo, enredada entre grandes borlas de plata y negro. El lecho era un primor de laca gris, con adornos de metal mate y lo cubrían grandes pieles, mimosas e inefables al contacto del cuerpo. Bajo un gran espejo, enorme y redondo, una mesilla en donde daban su nota de encanto los frascos de perfumes y lociones, de

cristal esmerilado, enanos, con sus motillas de seda, con la gracia de un exquisito bibelot. Y nada más. Lota había depurado el sentido de la sencillez, como fruto de un buen gusto que no era en ella aprendido, sino fácil y connatural.

En el verano, con sus trajes claros, con sus gráciles sombrerillos, o en los vuelos en la mesa de tenis, o al volante en la caja *tabac blond* de un Lincoln, o cabalgando en la calzada de un parque, con su levita escarlata, o fumando su *Abdulla rose tip*, de codos en la mesilla del club atlético, era la moderna alegoría de la primavera; figurilla de gracia infantil y atrevida al par, entre ingenua y canallesca, que hubiera estado admirablemente en una cubierta de *Vanity Fair*, la revista *pompier* de los neoyorquinos, o en un proyecto de refinada decoración interior por Joseph Urban. Su melena de oro quemado brillaba al sol como un airón de lumbre o se agitaba con dulce movimiento al contacto de la brisa inefable del crepúsculo, provocando, con sensual invitación, el deseo de hundir la cara entre el luciente pelo, para aspirar hondamente el perfume de la rica mata.

Cuando Lota pudo advertir la pasión de Pero Galín, tomó el caso como un suceso lleno de novedad, que iba a provocarle una sensación imprevista para su programa social.

—¡Pero —decíale gozosa—, tú eres el héroe de un drama de cinematógrafo! ¿De dónde has sacado esa audacia y esa novedad de enamorarte de mí, tú que pelas la pava con el calendario azteca y con el estandarte de Hernán Cortés? ¡Me vestirías con falda de gró y blusa de chaquira si fuera tu mujer! ¡Qué quieres tú conmigo, si ahí están mis tías, con su gran moño y con gato y todo! ¡Pero: mira que te caes de tu nido!

Galín sonreía sin rencor ante los extremos de aquella muchacha a quien no importaban nada la sabiduría y la reputación del ilustre colonialista, y al despedirse cada tarde dejaba entre sus manos, como signo de suprema atracción —que lo era también de insensibles renunciaciones— una pieza escogida de sus joyas artísticas.

—Te he traído, Lota —decía al despedirse—, esta tortuga de cuarzo de la India. Procede de los templos de Delhi, la ciudad sagrada. Le he hecho poner un cordoncillo de seda, para que la uses como amuleto.

Lota hacía comentarios chocarreros sobre la India, sobre los templos de Delhi y sobre los amuletos, y con gracia encantadora se echaba al cuello la tortuguita de cuarzo.

—¡Hombre —agregaba—, sin quererlo me has encontrado un lindo *pendantif*!

Otros días eran una fruta de jade, o un pequeño pebetero de lapizlázuli, o una mascarilla de cristal de roca, o una miniatura inglesa, o un cenicero de ágata, o una estampa de Hiroshigué, o un muñeco de Lenci...

Y primero fue la extrañeza de Lota, que no se explicaba el amor anacrónico de aquel amante de los museos; y después la curiosidad de todas aquellas cosas que de pronto le parecieron extravagantes o simplemente raras; y enseguida fue cobrando interés por tales piezas y demandando explicaciones sobre su origen; y con fácil

intuición, transformábalas, unas veces, en adornos para su persona o colocábalas, otras, en los muros y muebles de su alcoba, trasmitiéndoles, al ponerlas con desenfado en algún sitio, un sentido moderno de la decoración. ¡Cuán bien se veían la vieja tortuga índica cuando Lota la abandonaba entre los guantes de París! ¡Qué insólita novedad tomaba la mascarilla china de cristal entre la tensa malla de una raqueta!

Transcurrido un año, el espíritu de Lota Vera había evolucionado visiblemente y la muchacha se interesaba ya por cosas que antes hubieran pasado de largo o que, cuando mucho, habría acogido con un gesto de burla o de indiferencia. Y la linda criatura, que no tenía la paciencia de meditar cinco minutos sobre nada, resolviéndolo todo a golpes de intuición y a fuerza de temperamento, ahora, desde el revuelto nido de linos y encajes de su lecho, o cruzadas las piernas en el hondo sillón familiar, abstraíaase frecuentemente pensando en Pero Galín.

Después de todo, Galín era joven y ella podría transformarlo. No le pediría que renunciara a sus gustos de coleccionista, a su irrefrenable pasión por las cosas antiguas; pero ella iba a despojarlo de su escenario de hombre envejecido; a sustituirle la ropa de utilería colonial bajo la dictadura de la sastrería de Valeriano Suárez; a cambiarle la bandeja de zinc, del baño, por una regadera de gran presión y una gran tina de porcelana; a mandar al diablo el brasero de latón para sustituirlo con un radiador Westinghouse; a tirar a la basura el batín de terciopelo para darle un *smocking jacket* limpio y claro; a suprimirle el chocolate espeso y las arepas, por raciones matinales de café, jugo de naranjas, *grape fruits* y *waffles*; a arreglarle una casita con un hall y unas piezas decoradas en colores planos, sin casullas ni trapos deshilachados, en donde, sobre un fondo sobrio y moderno, se destacaran las piezas de la colección. Lo haría leer, durante el desayuno, los diarios y comprarían un auto de turismo, para emprender las grandes excursiones; ella con sus trajes de sport; Pero Galín, ya sin bufanda, ni zapatos de gamusa, ni corbata de damasco, ni chaleco de pana, sino con su lock verde, con sus temos nuevos, con su alegre corbata de los fusileros de Dublín, armado con un gran estuche de *sticks* para pasarse las tardes en el campo de golf del Country Club.

Una tarde Pero Galín presentósele visiblemente emocionado. Su aspecto tenía una expresión indefinible, que por momentos era de duelo y por momentos parecía de gozo frenético. Había agotado ya todas las pequeñas joyas de su colección y presentábale ahora la pieza más preciada entre todas: su salterio del siglo XVI. Lota conocía ya el salterio y sentía por él una admiración extraña, como por algo sobrenatural, a fuerza de oír elogios de Pero Galín y de cuantos conocedores habíanlo examinado. Era una joya como no había ninguna semejante entre las mejores que se guardaban en el gran armario de los libros de coro de la catedral. Sus pastas estaban decoradas con escenas de la Pasión, trabajadas en mosaicos de pieles, entre una gran guarda de plata con espléndidos cabochones. Las capitulares, del vuelo de una cuarta, estaban preciosamente adornadas con miniaturas en acuarela de vivísimos colores,

con fondo de oro, como no lo está el libro *Trés belles heures* de monseñor el duque de Berry, que se conservaba en la Biblioteca Real de Bruselas.

No podía pedirse un sacrificio mayor a Pero Galín.

—¡No perderás tu salterio! —díjole Lota aquella tarde—. ¡Volverá a ser tuyo, sin dejar de ser mío!

Y arrebatadamente, de una vez, comunicóle sus cabilaciones, descubrióle todos sus pensamientos y sin titubear le planteó todos sus proyectos.

Pero Galín, radiante, oía como en sueños:

—¡Te comprarás un aparato de radio!

—Bien, bien, lo compraré —decía Pero Galín, por cuya imaginación pasaba el órgano de Santa Inés.

—Vas a tirar mañana mismo el gran sillón frailerero de tu alcoba.

—Mira, tanto como tirarlo... —argüía Galín tímidamente.

—Está bien: lo haré limpiar.

—Haremos un viaje —continuó Lota— ¡vas a ver cómo cambia la decoración! ¡Con lo que me tienen aburrida tus bazares y tus amigos tan serios y tan tontos! Verás: nos iremos a California. Haremos las grandes excursiones en un Buick nuevecito; tú manejarás.

—¿Yo?

—Tú manejarás. ¡Oh, *boy*!

Intermedios

... and had my body not moved and worked mightly on earth, you would never have found among the Shades even this wraith of my wisdom.

George Santayana, *Dialogues in Limbo*

El cofre

En el vestíbulo, cerca de la escalera de cuya balaustrada cuelga un tapiz —en los muros cuadrillos con marcos de talla, repisas de un antiguo altar, una katana, bateas de Puruándiro resplandecientes de axe, el plato falso con las dos MM de Maximiliano, la virgen *n-l* de Cabrera—, está el cofre colonial cuya auténtica se ha perdido. En la tapa hay unas armas nobles, en el frente la inevitable águila bicápite, en cuyo pecho se haya incrustado el cerrojo de hierro que indudablemente procede de la segunda mitad del siglo XIX. Es la joya de la casa.

Cuando entráis podréis no advertirlo; pero después de salir del saloncillo y de revisar minuciosamente el *bric-à-bric*, escuchando con paciencia las intrincadas explicaciones del dueño, acabaréis por oír la frase ritual:

—He aquí el tesoro de mi colección: el cofre colonial.

Y os explica cómo aquel arcón pudo pertenecer a Carlos V, por el águila; cómo es de procedencia española, por las patas de garra de león; por qué pasó a poder de una familia linajuda por las armas de la tapa; cómo guardó las más raras maravillas, por el remoto perfume que se escapa de sus maderas de cedro.

—La chapa —continúa— es de Toledo; pero el hierro es de Vizcaya. Alguien me aseguró que era mexicana, de Puebla. ¡Qué va a ser de Puebla! ¡Toledana, señor mío! Quizás el rey Rodrigo...

El colonialista callejero

El anticuario mexicano que no puede sostener un puesto en el Volador, ni un «tendido» en el mercado de la Lagunilla y que tiene su habitación muy alejada del centro de la ciudad, fuera del alcance de los coleccionistas y viajeros, recibe el nombre de chacharero. También son chachareros el coleccionista y el maniaco que recorren habitualmente los puestos de antigüedades, en busca de baratijas.

El chacharero ambulante es un hombre siempre propenso —en México— a atribuir origen colonial a sus chácharas y a veces se dejaría matar en defensa de la autenticidad de sus baratijas. Los hay que guardan los objetos en el bolsillo; otros que

hacen de ellos un atado, que van recatados con infinitos misterios y otros que colocan las cosas en una cesta cuidadosamente cubierta con trapos y periódicos.

El colonialista callejero se presenta al cliente haciéndose el reservado y el interesante. Saca de la cesta una almendra de cristal que lleva todavía el alambriño de latón con que estaba sujeta a un candil.

—¡Una almendra! —dice—. Una almendra como ya no se consigue ahora. Mírela usted al trasluz: tallado en bisel, dos perforaciones diagonales hechas a mano y adornito opaco de flores. Tengo seis como estas. ¿Qué le parece a usted? Es de una «araña» colonial que estaba en la iglesia de Tepotzotlán.

Y alza la diestra a la altura de la cabeza para mostrar mejor el cristalino colgajo, imprimiéndole un moderado balanceo. Después enarca una ceja y aprieta los labios, gesto característico de *connoisseur*.

—Pero, hombre —replícale el cliente—, ésta es una almendra de vidrio, checoslovaca, que no vale más de diez centavos.

El colonialista callejero suspende su gesto de conecedor, esboza un movimiento de sorpresa, adopta una efímera actitud de hombre molesto y poco a poco se ajusta al aspecto de un pobre diablo que quiere cubrir las necesidades prosaicas del día.

—Mire usted —agrega—, a usted no puedo engañarlo. Mis almendras no son muy antiguas, pero no dejan de serlo. Eso de vidrio checoslovaco es una broma de usted. No tienen trescientos años; pero no dejan de ser coloniales. ¿Ha consultado usted *Las artes industriales en la Nueva España*, del señor marqués de San Francisco? ¡A ver!

El colonialista callejero tiene siempre esa actitud de doctor en artes menores y se sabe de corrido toda la erudición que ha espigado en artículos curiosos y en anotaciones de revistas ilustradas sobre mancerinas, chales, almohadillas, plata labrada, marcos, cajas, cerámica, rejas, telas y una multitud de subdivisiones que él va creando a medida que extiende sus conocimientos. Por una especie de bobarismo acaba por creer como indiscutibles ciertos errores, consejas, supercherías y mentiras, que primero lanza y acepta con timidez y como por ensayo de ingenio y que poco a poco, a vuelta de constantes repeticiones, va tomando en serio, hasta llegar a un periodo en que con la mayor naturalidad discute y aún se indigna cuando alguien llega a dudar de sus afirmaciones.

—Aquí le traigo dos metros de un brocado colonial, tejido con vellón de camello, que servía para asientos de sillones fraileros...

—¿Brocado de camello? —insinúa débilmente el cliente, asustado del aplomo.

—Sí, señor, de camello; vea usted en el Archivo General los libros de los galeones. El pelo de camello, mi señor, era llevado a Cádiz por los mercaderes que volvían del África, y de Cádiz los galeones los transportaban a Veracruz. Este tejido es brillante, resistente y vistoso y era usado para la tapicería de muebles. Si conoceré yo de esto, que he visto un ajuar completo tapizado con la misma tela.

El diálogo se intrinca y surge una discusión llena de matices y paradojas sobre el

brocado y el brocatel, hasta que, llegados al punto concreto del precio de la tela, el colonialista va bajando poco a poco las gradas de su Olimpo y se coloca a ras de tierra, como cualquier ciudadano acosado por la necesidad.

Bazares

El bazar es la suprema institución de los compradores y de los vendedores de cosas coloniales. No hay que confundir el bazar con el puesto, ni siquiera con la casa del coleccionista que vende y cambalacha. Esta última no ostenta rótulo a la calle, ni anuncia sus objetos y muchas veces no paga ninguna contribución al fisco.

El bazar es absolutamente público, como el Aztec Land o los de Bustillos, o el Sonora News, o es muy conocido como el de Monsieur Gendrop. El bazar tiene varias secciones, que si no están separadas ostensiblemente, sí pueden percibirse con facilidad por el conocedor. En la sección de las alhajas se confunden las cadenas de oro, los relojes modernos, los pendientes de esmeraldas y el alfiler de perla, con el prendedor antiguo de filigrana, las *calabacillas* de estilo 1830, el relojito de esmalte y el cabochón que lo mismo sirve para un cintillo o un collar que para un marco de madera. En esa sección se encuentra también la plata. La plata de los bazares tiene siempre aspecto de antigüedad, aunque haya sido labrada el mismo día en que fue puesta en el aparador de exhibición. Las piezas de plata verdaderamente antiguas se encuentran por caso raro; pero los artífices nativos se dan sus mañas y luego se descubre en ellos la heredada maestría de aquellos remotos aurífices de Azcapotzalco, que tanto asombraron a los cronistas primitivos. Estos nuevos artesanos os hacen una escudilla, un platón, una fuente, una lámpara de plata cuyo origen es muy difícil de reconocer, porque se saben de memoria todos los viejos modelos y de añadidura usan punzones con marcas y quintos exactamente iguales a aquellos que tan larga fama dieron a sus poseedores de otros tiempos.

—Maestro —dicen a uno de estos artesanos— quiero una salsera de plata antigua, de veinte onzas (porque el uso es el de contar por onzas el peso de la obra de plata).

—¿De qué época la desea usted?

—Bien, colonial, ya sabe usted.

—Dentro de una semana le terminaré a usted una salsera del siglo XVIII.

Hay la sección de los muebles, muebles modernos y muebles antiguos. Entre estos, el colonialista encuentra casi siempre el bargueño y la cajonera con cajoncillos secretos. El bargueño está encerado por fuera y con la madera al natural por dentro, «para que suelte el olor del cedro», dicen en los bazares. Las cajoneras tienen unas veces tabla para escribir, aplicaciones de terciopelo viejo e incrustaciones de varias maderas. Es de rigor el cajoncillo disimulado, el falso fondo y otras ingenuidades de la mano de obra. Entre los muebles, el bazarista muestra, de cuando en cuando alguna rareza que exalta con grandes manifestaciones de asombro o como quien comunica

exclusivamente un secreto grave. Estas rarezas son, generalmente, una *étagère* de laca japonesa, un sofá chino con incrustaciones de nácar, una cajita inglesa para frascos de licor, un sillón con asiento de vaqueta y respaldo con escudo religioso, de talla, etcétera.

La sección de arte y curiosidad es aquella en donde el bazarista exhibe las galas de sus conocimientos y sobre la cual discute todos los días con algunos visitantes expertos. En esta sección se encuentran los más diversos productos para tentar el deseo de los aficionados: la tetera de Wedwood, con su decoración de danzarinas y angelitos blancos sobre fondo azul; los azulejos «orientales», que un ocioso ha desprendido de las iglesias de San Ángel; el reloj de cuco con su mecanismo de pesas; la *sonnerie* que marca el curso de la luna y reproduce, al gusto, los toques de los *carillons* de Westminster y de Amsterdam; el abanico de hueso labrado; la bolsa de hilaza de colores, que unos atribuyen a Chiapas y otros a Guatemala; la lámpara de hierro dorado; las piezas de tecali, de Puebla, que comprenden tintero, secante, pisapapeles y cruz; el cenicero de *cloisonné* japonés, que se ofrece como chino; unas molduras de metal para cama; unas tapas sueltas de tibores; algunas monedas antiguas; el espinazo de un tiburón; un caracol con el rótulo «Recuerdo de Veracruz» «para detener las puertas de los balcones»; la bola de vidrio, «para leer el porvenir»; el budita de latón; el collar de cuentas de Venecia y el monedero de cuero labrado con las reproducciones del escudo nacional y de las grecas de Mitla.

El bazarista tiene sus conocimientos reservados, de fabrican tes de marcos de talla, obra de plata, obra de lana, cueros repujados y otros objetos de artes menores. A nadie revelaría los nombres y los domicilios de estos sujetos, porque eso forma parte del secreto profesional. Frecuentemente el bazarista se aparta con un individuo, en un rincón de su tienda para el regateo de una repisa colonial. A veces la repisa surge triunfante en una vitrina; otras desaparece en manos del fabricante que no ha podido obtener el precio que desea; pero el rígido protocolo de los bazares no permitiría que un cliente o visitante de la tienda entrara en tratos, ahí mismo, con las personas que llegan a vender sus cosas al bazarista.

La clientela selecta de los bazares está formada por dos grupos: el grupo de los turistas y el grupo de los anticuarios. El grupo de los turistas busca los *mexican curios*, o sean las jarras esmaltadas, los sarapes de Oaxaca, Saltillo y Aguascalientes, los rebozos de vivos colores, las carteras y monederos con decoración azteca, las figurillas de barro y de cera, las pulgas vestidas, las semillas saltonas, las tarjetas postales con asuntos de los llamados típicos, la loza de Puebla, los objetos de tecali y las falsificaciones de arqueología nativa. De entre los turistas, los más lince se interesan por antigüedades y se llevan para decorar el lejano bungalow de Dallas, cuanto camelote está preparado para ellos, a saber: una banda de Iturbide, un piano de la archiduquesa Carlota, una sortija de Maximiliano, un portaplumas de Juárez, un *cuauhxicalli* azteca de yeso «patinado», una pistola de Francisco Villa. Los hay que buscan una flecha de Ilhuicamina, «flechador de estrellas».

El grupo de los anticuarios se subdivide en nacionales y extranjeros. Éstos son de los residentes en la ciudad de México y que preparan pacientemente sus colecciones para conducir las el día de regreso al patrio suelo. Los anticuarios tienen sus días de visitas a los bazares. Los hay que concurren día por día, para no perder latido, para no dejar que se escape un imprevisto hallazgo; los hay de dos veces por semana y los hay sabatinos, los más calmosos. El anticuario se sabe de memoria cada rincón del bazar, cada pieza de la tienda y el precio de cada pieza.

—Ahora no tenemos ese vaso japonés que usted quiere —dice el dependiente del bazar a un comprador eventual.

—¡Cómo que no tenemos! —prorrumpe el visitante anticuario que hace una hora está conversando cerca del mostrador—. Por ahí queda todavía uno, que por cierto no es muy viejo, pero tampoco es moderno; es un vaso con decoración de crisantemos amarillos y greca azul, como del 1860.

Diciendo y haciendo, se dirige con decisión a un aparador, de cuyo fondo extrae, con gesto de triunfador, el vaso japonés que, a su juicio es como del 1860, y entregándolo al dependiente, comenta satisfecho:

—¿Eh?

El experto

El experto llega al bazar o a la casa del coleccionista, con homenajes semejantes al descendimiento del Paracleto. Las voces se opacan, los oídos se aguzan, las cabezas se inclinan. El experto va a hablar. Nada turba el recogimiento para oír sus palabras definitivas, su sentencia perfecta. Se le ha ofrecido una silla, la más cómoda. El experto parece abstraído. Su actitud aumenta la expectación...

Por fin, el experto pide un cigarrillo.

Seis cigarrillos se le tienden inmediatamente. Diez fósforos se encienden para prender el cigarrillo.

—¡Qué calor! —dice enseguida el experto.

¡Es verdad!, ¡nadie lo había notado! Pero ahora están todos acordes en que hay un calor intolerable.

Surge el más decidido:

—Maestro —dice—, ¿qué le parece este plato? El señor sostiene que es un Nevers; pero a mí me parece que es un Gubbio.

—¡Hombre, qué cosa está usted diciendo! —prorrumpe el experto sin poder contenerse, levantándose de la silla y alzando la voz—. ¿Pero es que hay quien pueda confundir un Gubbio con un Nevers? Este plato —continúa mientras examina minuciosamente la pieza— es, desde luego, un plato... antiguo.

Una corriente de sorpresa circula entre los admiradores del experto.

—Este plato antiguo —sigue diciendo— no es un plato muy antiguo, según lo

que ustedes entiendan por antiguo, ¿me explico? Este plato me parece un Faenza. Pero no hay que hacerse ilusiones: hay Faenzas y Faenzas. Ahora bien, como ser Faenza, no hay duda de que es un Faenza; por otra parte, lo que se llama Faenza, no, no es un Faenza, ¿me explico? ¿Usted ha oído hablar de Fra Isacco de Dondi? Aquél sí que es el arranque del árbol genealógico de estas mayólicas; pero ¿dónde encontrar ahora una pieza de Fra Isacco? Ha llovido desde el siglo xv. ¿Pues y la capilla de los Vaselli en San Petronio de Boloña? Es como si dijéramos la antología de las mayólicas de Faenza. Éste es un plato que no es siquiera de la segunda etapa, en la que floreció el Faentino; pero podemos clasificarlo en el tercer periodo que es el que viene corriendo desde la primera mitad del siglo xvii. Es menos que la decadencia; es casi como la neobarbarie del género. En una palabra —termina entre el asombro máximo de sus oyentes—, en una palabra, si es difícil establecer la Faenza no muy antigua, menos podría equivocarme si, en resumen, dijera que este plato puede ser muy bien una mayólica moderna de Deruta.

El experto ha recobrado ahora su aspecto habitual. Pide otra vez un cigarrillo.

El paraíso colonial

*Si es o no invención moderna,
Vive Dios, que no lo sé.*

Baltasar del Alcázar, *Cena jocosa*

Frontero al Palacio Nacional, en el punto donde interceden dos de las calles de mayor tráfico ciudadano, entre el ruido de las bocinas de los coches y camiones, de las campanas de los tranvías, de los reclamos estrepitosos de los vendedores; al sur el barrio de las tiendas otomanas, con su barillería indescriptible, sus botones de hueso y de nácar, simétricamente cosidos a los cartones, sus lápices de mina corriente, sus órganos de boca, alemanes, sus percales para delicia de las fámulas de la Merced y sus pomos de Todas Flores, Ilang-Ilang y Heno Cortado; al oriente la derruida universidad, con sus puestos de neumáticos para huaraches; sus montones vegetales «de a cinco» y sus rápsodas que ofrecen —mediante prueba de canto— los corridos populares en hojas impresas con curiosos grabados de diablos, aparecidos, hadas y héroes, se encuentra el paraíso de los colonialistas mexicanos.

Es el Volador.

En aquel sitio es donde, aseguran los cronistas —los coronistas—, estuvo el Volador, volatín de los aztecas primitivos y cuyo terreno Hernán Cortés legara a la ciudad de México, para que sólo tenga uso de mercado hasta la consumación de los siglos. El Volador mexicano, como el Rastro de Madrid, es el muestrario del vejstorio y de la curiosidad, mezcla de *Foire des puces* y de *Curios Store*. Su topografía y su clasificación se intrincan como un laberinto. De sus cuatro puertas, que dan a sendas calles, irrumpe muchedumbre de visitantes. Son más los curiosos que los compradores.

En las barracas del Volador, como en una variante del arca de Noé, se amontonan todas las especies del hierro labrado: la cerrajería, la balconería, la lampistería; los clavos, la llave de tuercas, las herraduras, el bozal, el componedor de imprenta, el compás, el cortaplumas, el cuchillo de cocina, los tornillos, las alcayatas, el hacha, la escuadra, la plomada, el lavabo, la cuchara de albañil, el corta-vidrio. El martillo, la plancha común y la plancha eléctrica, la sierra, la alesna, la lima, el cincel, la pala, la cadena, el rastrillo, el candado, el azadón, la aldaba, las tijeras, la balanza, el molino, el candelero, las tenazas. Hay cosas en orden y clasificación y hay cosas aglomeradas y confusas; unas se amontonan en el suelo y sobre mesillas de madera sin pintar y otras se muestran en anaqueles y en cajillas: la cajilla de los clavos de hierro, la cajilla de los clavos de alambre, la cajilla de los resortes, la cajilla de los punzones, la cajilla de los porta-pantallas... Hay cosas viejas y hay cosas nuevas. La gente va a buscar las cosas nuevas a precio más bajo que el de las grandes tiendas; pero el

observador sabe que los precios de las cosas nuevas son, en realidad, más altos que en las grandes tiendas.

Las barracas de hierros alternan con las barracas de la baratería y de las antiguallas. En México, a estas barracas se les llama «puestos». Hay puestos de fonógrafos, puestos de utensilios eléctricos, puestos de baterías de zinc para cocinas, puestos de relojes y piedras falsas, puestos de fritangas, puestos de artículos de piel, puestos de loza y vidrio, puestos de sombreros. Entrando por la puerta del norte, que da al Palacio Nacional, está la sección de los armeros, los que venden las armas de fuego, el rifle de salón, el revólver de cilindro, la pistola automática, los cartuchos y los fulminantes; por la puerta del sur, están los puestos de los zapateros, los que venden las polainas de tubo, las botas para montar, los botines de resorte y los chanclos de gamuza, ribeteados de cinta y olientes a tintura de cascabel, de uso corriente en las curtidurías; los zapatos de becerro, de suela dura y rechinante; las sandalias o huaraches, con sus correas de intrincadas grecas.

En el Volador, los librerías tienen su zona. La librería de César Cicerón, el vasco, especialista en libros de texto; que sabe discurrir con aplomo, sobre libros de medicina y explica por qué el Testut en español debe preferirse al Testut en francés; la librería de Ángel Villarreal, el hombre que cachazudamente espera a que el estudiante que ha ido seis domingos a regatear *María o la hija del campesino*, suba diez centavos a la oferta; la librería de Juan López, el viejo masón, liberal de la época del Constituyente del 57, que se complace en poner rótulos de controversia política a cuantos grabados, cromos y litografías religiosas caen en sus manos, incluyendo, por de contado, los retratos de las gentes del partido conservador, de curas y prelados y de hombres señalados como de ideas reaccionarias. Los domingos, las librerías se extienden en mesas anexas, en las cuales se amontonan las colecciones de la Ilustración francesa, los argumentos de óperas y los folletos sobre agricultura, industria y comercio.

Los anaqueles, el mostrador, los pilares, todo es aprovechado en las barracas de los librerías, para la exhibición de muestras y enseñanzas. Sobre el muro exterior, cordeles paralelos sostienen bandas de las materias más disímiles: bajan, sucesivamente, hasta el suelo, la *Ley Orgánica del Ramo de Pesas y Medidas*; el *Informe del gobernador coronel Ahumada a la H. Legislatura del Estado Libre y Soberano de Chihuahua*, en 1905; *Los errores científicos de la Biblia*; *Los grandes inventos*, de Louis Figuier; la *Historia del almirante Lean Bart*; los *Anales del Museo Nacional*, quinta época, 3; el *Compendio de raíces griegas*, por el doctor Díaz de León y los discursos de Antonio Juega Farrulla, de Montevideo. Prendidos a un cordel, en el que se sostienen con pinzas de madera para ropa, están los cuadernos de La Novela Semanal. En hilera, sobre el mostrador, autores españoles y mexicanos, Valle Inclán y Baroja, Caso y González Martínez; luego, unos tomos de Darío, de las obras completas, con autógrafa del niño Rubén Darío Sánchez y, destacando su nota naranja, otros de la colección de La Cultura Argentina. Cogida, también con pinzas

de madera, una lámina antigua, con este rótulo: *Retrato de señora*, cuadro de Jacinto Rigaud. La señora lleva un sombrero sembrado de hierbas y flores en apretado haz, atadas con un lazo salmón. Ha venido a pararse cerca de un pozo, en cuyo brocal hay una carta con sello rojo, y una cubeta azul. Sobre una falda de concéntricos olanes, cae, desmayado, un abanico de pluma con varillaje de carey; del abanico de plumas pende una gran borla verde; la borla ata unos impertinentes de oro. La señora sonríe, con sonrisa triste; su mirada se pierde mucho más allá del pozo a donde ha venido, quizá, a una cita amorosa. Un caballero —y esto ya fuera del asunto del cuadro— se acerca a la lámina y la examina con gesto de conocedor. Rigaud —murmura— ¡ah, sí Rigaud... ya lo creo... es un pintor... francés! Satisfecho, vuelve a contemplar la lámina, moviendo la cabeza en señal de aprobación. Después, baja la cabeza y se pone a examinar los libros del mostrador. Hace varios meses que está ahí, colgado en sus pinzas de ropa, este pliego de música, sucio, amarillento, punteado por las moscas. La portada tiene una escritura de letra inglesa, con mayúsculas de ornato de presión fuerte y de presión suave, en armónica alternación. Es una obra italiana, impresa en Francia en 1844, que dice:

*Amor gli scuti strali
trio dans l'opera
L'Apoteosi D'Ercole
Musique
de Mercadante.*

Nadie ha reparado en Mercadante. El Volador no es sitio frecuentado por los músicos. Arriba del trío de Mercadante ha sido colgada otra lámina, esta sí muy atractiva para los visitantes. Tiene, en rotograbado, una docena de retratos militares y este rótulo: *Generals who have added lustre to french arms*. Abajo de la lámina, sujeto con alfiler, un cartoncillo manuscrito que dice: 10 cents.

Llega un señor de paso lento, de mirada profunda, de traje modesto. Lleva, debajo del brazo, un objeto envuelto en un periódico. Llega distraídamente, como por casualidad, como si no quisiera detenerse ahí. Calla por un momento; echa una mirada a los libros más próximos. Después:

—¿Se interesa usted por un libro antiguo?

—Según... —responde invariablemente el librero.

Hay otra pausa.

—Tiene más de cien años —se atreve a aventurar el señor del bulto.

El librero esboza una sonrisa.

—Lo veremos —responde.

El señor del bulto no se mueve.

—Tengo una oferta de treinta pesos por él.

Después coge el bulto, alisa el periódico que lo envuelve, desdobra el periódico y

muestra un libro de forro de becerro. No hay duda, ahora, de que se trata de un libro viejo.

—Tengo oferta de treinta pesos —repite, y pone el libro en las manos del librero.

El librero ve el lomo del libro y enseguida lo abre por la portada; recorre distraídamente algunas páginas y acaba por examinar el índice. El vendedor no despega los ojos del librero; con los dedos ejecuta un repiquito sordo sobre el mostrador. Está muy serio, muy serio.

—No me interesa —dice de pronto, decididamente, el librero, volviendo el libro a su dueño.

—Es un libro muy antiguo, tiene más de cien años; me deshago de él por necesidad; está completamente agotado; ¿cuánto ofrece usted? Fíjese usted en que tiene cuatro láminas en cobre.

—No me interesa... pero le daré cincuenta centavos.

El vendedor abre unos grandes ojos. Se echa hacia atrás. Protesta. Es una edición completamente agotada. Tiene cuatro láminas en cobre. Es un libro de familia, lo adquirió de su abuelo. Está dispuesto a bajar el precio; pero no tanto. Es de 1794. ¡Están tan escasos los libros del 700! Tiene una magnífica oferta; pero no ha vuelto a ver a la persona de la oferta. El librero no cede; dice que apenas encontrará comprador por setenta y cinco centavos, después de muchos días. El vendedor vacila; se calma; calla un momento.

—¡En fin! —dice—. Por ser domingo. Todo está cerrado. Es de usted.

Y se retira, paso a paso, murmurando: «¡Si no fuera hoy domingo!».

El librero coge un cartoncillo, cuyo extremo inferior introduce entre las hojas del libro. Después coloca el libro en el mostrador. En el cartoncillo ha escrito, con lápiz: \$8.00.

Pero Galín llega al Volador los domingos, a las 11 de la mañana. Podría llegar más temprano, a las 8, o a las 9, para impedir que los anticuarios listos se lleven las «novedades» que pudieran interesarle. Podría llegar a la una, para cambiar impresiones con los coleccionistas habituales de esa hora. Pero prefiere un término medio, que no lo haga aparecer ni como demasiado goloso de *trouvailles*, ni como demasiado indiferente de sus reconocidos gustos. Así, puede toparse con los unos y con los otros; ver salir al feliz comprador y ver entrar al amigo que va en busca de preciosidades.

Entra Pero Galín por la puerta oriental, salvando trabajosamente la multitud que se aprieta en la contemplación de los cromos suizos colocados en largas hileras sobre la acera y ante los puestos en donde se venden rebanadas de piña, bloques de papel, grasa para zapatos, periódicos, camisetas de malla y montoncitos de cerillas. Atraviesa pausadamente por los puestos de la entrada, saludando, con sonrisa de conocimiento, a los propietarios de las barracas. Echa una ojeada a los libros viejos, a

la lámina de Rigaud, a un cajón en donde se confunden frascos de variadas formas, a la tabla en donde se exhiben relojes y alfileres de corbata, a la ferretería en donde ajedrecistas impenitentes juegan sin descanso, a la barraca en donde se hacinan y empolvan cadenas, lámparas viejas, vasos para ensayos metalúrgicos y marcos despostillados.

Si hay algo que pudiera interesarle en esos puestos, lo deja para después, y si no queda tiempo, no le preocupa la curiosidad de verlo. Pero Galín no gusta de salirse de su papel, ni de invadir el campo de los demás; colonialista exclusivo, él no debe aparecer como husmeador de hierros ni como *bouquiniste* de libros; los hierros y los libros sólo le interesan si son mexicanos y si proceden del siglo XVI al XVIII. En consecuencia, Pero Galín se dirige, con ostensible resolución, hacia el paraíso colonial propiamente dicho.

En el Volador, el paraíso colonial propiamente dicho lo forman cuatro o cinco puestos; aquellos en donde el conocedor y el diletante pueden encontrar, o creen encontrar, objetos de procedencia o de aspecto colonial. Lo colonial se muestra, la mayor parte de las veces, en formas, estilizaciones y espíritu remotísimos; se necesita toda la agudeza del *connaisseur* que acude al paraíso, para sentenciar categóricamente sobre el estilo de las cosas que ahí se exhiben. En cierto puesto existe el marco dorado, cuyas despostilladuras, denunciadoras del ocre y del yeso, son prueba agobiadora. En cierto otro puesto, está el «escudo de monja», con una escena de la huida a Egipto; el buen colonialista atribuye estos «escudos de monja», después de minucioso examen y ojeada a contraluz, con la diestra sobre la frente, a guisa de pantalla, o con los dedos formando cilindro, a guisa de antejo, al mismísimo Miguel Cabrera, de cuya fecundidad y de cuyos discípulos que lo imitaron, los colonialistas se complacen en propalar una leyenda semejante a la verídica historia de Pablo Rubens.

En otro puesto, César Zelaschi, el italiano —a quien no se debe confundir con César Cicerón, el de los libros, el español—, atiende a los colonialistas, metido en su barraca, entre una confusión de vejestorios que él sólo es capaz de desentrañar hábilmente. Los que buscan galones, saben que César Zelaschi tiene siempre varios rollos de galones deshilachados y sucios, de irrefutable procedencia suiza, que, con espíritu liberal y ancha conciencia, son ofrecidos y aceptados por galones mexicanos del XVI.

—Este galón —dice tal experto desenrollando la cinta y subiendo la voz para que se den cuenta las gentes de las cercanías—, este galón de oro es un galón de plata, legítimo, de trescientos hilos; a primera vista, parece una cinta de Utrecht; pero no es una cinta de Utrecht: es un galón español, de los que usaban para los ornamentos sagrados los canónigos de Santiago de Compostela. Hace muchos años que yo vi unos galones, iguales a éste, en la iglesia de la Compañía, de Puebla...

El experto regatea la joya y se retira con dos metros del galón de plata, legítimo, que ha pagado a veinticinco centavos el metro.

Con sonrisa complaciente Pero Galín ha contemplado la escena y luego, sin vacilar un punto, se dirige al sanctasanctorum del Paraíso: al puesto de Mariano Salas.

—¡Buenos días, don Andrés! —dice saludando alegremente a don Andrés, el propietario del puesto absolutamente contiguo al de Mariano Salas.

—¡Buenos días, señor Galín! —contesta en tono amable don Andrés.

—¡Señor Galín, muy buenos días: llega usted a tiempo! —dícele Salas, mientras estrecha la mano que se le ofrece—. ¡Tome usted asiento!

—¡Buenos días, señor Galín! —dice Guillermo, el hijo del señor Salas, discípulo aventajado de su padre en el conocimiento psicológico de anticuarios y coleccionistas.

—¡Señores, muy buenos días! —dice Pero Galín, dejándose caer en la silla plegadiza que solamente se ofrece a los huéspedes distinguidos—. Y ¿qué tal?...

Salas atiende a clientes y compradores con exquisita cortesía; para todos tiene un cumplimiento y una sonrisa; por nada del mundo disgustaría a uno de sus visitantes. Con la más amable de las exageraciones, él atribuye sus bronce, a Cellini; sus platas, a los Arfes; sus cuadros, a Ticiano y a Vinci; sus porcelanas, al periodo de Ming; sus maderas, a Cano; sus chalchihuitles, a los nahuatlacas; sus vidrios, a los artesanos de Murano; sus telas mexicanas, a Arteaga y a Cabrera; sus láminas, a Durero y a Goltzius; sus abanicos iluminados, a Boucher; sus monedas son tolomaicas; sus cerámicas indefinidas, persas; sus tacitas japonesas, Satzumas; sus respaldos de tapicería, damascos; sus platos de corona, de Maximiliano; sus aplicaciones de bronce para muebles, imperio; su cajonerita, chippendale; sus tenazas para chimenea, vizcaínas; su armadura vaciada, milanese; su mantón español «alfombrado», de Teherán; su Cristo de marfil, del siglo xv; su devocionario del xviii, incunable mexicano; su cajita de linaloé, de Olinalá; su batea, de Tacámbaro; su sarape, del Saltillo. Cuando sorprende una variante que le era desconocida, fuera de los grandes nombres de uso corriente, ¡con qué fruición toma nota de ella y la espeta a la clientela! Así, por ejemplo: «Le aseguro a usted que se equivoca, mi querido señor Mendiola; este bufete no es chippendale: es lo que verdaderamente se llama un Hepplewhite»; o bien: «¡Qué va a ser Ming este *bowling*; es una pieza de la dinastía Kang-Hsi!». A Bruegel lo tiene atravesado, porque no ha podido citarlo cuando se habla de cuadros, pues teme incurrir en error, porque cierto día en que unos señores discutían en el puesto, mezclaban a Bruegel de Velour con Bruegel de l'Enfer, y Salas no ha podido decidirse con autoridad ni por el Velour ni por el Enfer.

—Aquí tengo para usted —dice dirigiéndose a Galín— esta mancerina. Ya sabe usted cuánto se interesa por las mancerinas la señora Cowder, la esposa del ingeniero americano que vive en la colonia Roma. La señora Cowder me ha hecho la lucha; pero las mancerinas no las vendo a nadie sin ofrecerlas antes a usted. Tiene nueve onzas y el quinto es del siglo xviii. Me parece que estas mancerinas las hacía un tal Diego...

—Samaniego —rectifica con una leve sonrisa Pero Galín.

—Samaniego, eso es.

Pero Galín, sin levantarse de la silla plegadiza, coge la mancerina; la coloca en sus muslos; tira de una cinta en cuyo extremo hay un lente de aumento; coge nuevamente la mancerina, la suena con las yemas y pone oído atento a la vibración de la plata; la sopesa y vuelve hacia abajo; aplica el lente y examina la marca en zig zag del punzón y las letras del quinto.

—Aquí está la S —dice en voz baja—, pero arriba, más pequeña, hay una A; esto me confunde... una A arriba de la S... pudiera ser una abreviatura... espere usted... una abreviatura de Sevilla. O bien ¡de Sonora!... pero en Sonora no hacen mancerinas. Este quinto es muy raro; nunca había visto una marca igual. ¿Y cuánto pide usted por la mancerina?

—A usted, 45 pesos; yo creo que la señora Cowder me da los 60.

—Pero Salas, por Dios —dícele Pero Galín—, ¿es que usted me toma por un millonario?, ¿ha olvidado usted que en los bazares no piden más de tres pesos por onza y que esta pieza, en consecuencia, no vale más de 27 pesos?

La discusión se prolonga, por intervalos. Pero Galín ha dejado la mancerina en un anaquel, con la firme intención de no retirarse del Volador sin llevársela. El señor Salas dice que no bajará de 35 pesos; pero íntimamente está decidido a bajar el precio a 20, en el mismo momento en que se formalice la retirada de Galín.

Siguen llegando los habituales: la señora que se muere por las cajas de rapé con paisaje inglés; este anciano que viene, hace muchas semanas, para ver si casualmente encuentra las «almendras» de cristal para un candil; este caballero que cambalacha cuadros de santos por retazos de terciopelo, marmajeras por cabecitas de marfil; la señorita que quiere una bolsa de chaquira; el ricachón que busca turquesas, turmalinas, rosarios de marfil, Cristos de madera; el jovencito maniaco, a quien sólo interesan las campanillas de bronce, con fechas.

—Dígame, señor Salas —dice uno de los habituales—, ¿no le ha caído todavía mi pedazo de damasco?

—Ahora tengo uno —responde Salas—, no es del color que usted necesita; pero se le acerca mucho.

—No; ya sabe usted que lo que yo quiero es de un color bermejo; pero que no sea precisamente bermejo; algo así como «sangre de toro»; pero más claro... tirándole a tuna.

Llega el caballero anticuario que habla de tener en su casa preciosidades. Nadie conoce su casa; pero todos acaban por creer que encierra cosas maravillosas. Llega el otro anticuario, el infalible, el afortunado, el dichoso mortal, el que siempre encuentra; se habla de su *flair* como de un don divino; pero es que él tiene su secreto: este anticuario afortunado, dichoso mortal, domador del éxito, al salir de casa cuida de echarse al bolsillo, ya un llavín con arabescos, ya una cuenta de jade, ya un sello de ágata, y cuando la requisa ha sido infructuosa, él no se da por vencido y sacando

del bolsillo el objeto salvador, dice a sus amigos del paraíso colonial:

—Mire usted, ya me iba cuando he descubierto este sello de ágata; tiene dos VV enlazadas... me parece que fue del virrey Venegas...

Salas ha salido de la barraca, para hablar aparte con un muchacho que le presenta, con recatos y misterios, cierta cajilla de madera labrada. Salas coloca la cajilla sobre la mesa de exhibición y luego, dirigiéndose a un turista que anda por ahí en busca de rarezas le dice:

—¡El trabajo que me ha costado dar con este cofre del siglo XVI! Lo tenía la señora Cavazos, descendiente de los marqueses de Ulapa.

Pero el turista se decide a seguir al muchacho que trajo la cajilla. Lo alcanza en un puesto de sombreros. Breve diálogo, rápido apunte en un libro de notas. El muchacho se despide, agregando:

—No olvide usted, señor: se pregunta por Severiano Cortés, tallador, tercera calle del General Anaya, 55, interior 40, al fondo... 55, interior 40; hacemos toda clase de antigüedades auténticas...

Pero Galín se despide. Hace como que no quiere hablar ni una palabra de la mancerina de plata. Salas se la recuerda, como si tampoco le interesara el asunto. Galín da algunos pasos hacia afuera. Salas le dice que por ser para cliente tan estimado, le dejará la mancerina en veinticinco pesos. Galín replica que, en realidad, no le interesa mucho la pieza; pero que va a darle por ella veinte pesos. Salas protesta que la señora Cowder le dará treinta, si llega a verla (olvida que antes había dicho que le daría sesenta). Galín baja del entarimado de la barraca hacia la callejuela, extiende la mano para despedirse. Salas acepta los veinte pesos, con protestas de que hará un mal negocio y entrega la mancerina a Pero Galín.

Pero Galín ha aprovechado el domingo —su día— y sale radiante. Echará todavía una vuelta por la avenida Madero; después se irá a casa a almorzar. Por la tarde esperará a sus visitas. Al anochecer irá a ver a Lota Vera, quien lo informará de los últimos preparativos para el matrimonio. Serán éstas sus últimas visitas al Volador. Pero antes, para reforzar la conversación, dará un repaso al capítulo aquel en que don Manuel Romero de Terreros diserta, con su habitual autoridad en la materia, sobre el marqués de Mancera y la invención de las mancerinas.

La marcha nupcial

Southern Pacific Service is the foundation upon which has been built the most efficient and extensive transportation system in the West.

Southern Pacific Lines, *Time Table*

El viaje de bodas estaba preparado para el mismo día del matrimonio religioso. La noche anterior el juez del Registro Civil había casado a los novios y al alba siguiente el cura entraba en funciones. Una ceremonia breve y sin ostentaciones realizóse en la pequeña iglesia y hechos los últimos arreglos de las petacas y recibidos los inevitables encargos de los familiares, Pero Galín y Lota Vera ocuparon el gabinete del pulman que los conduciría a El Paso, en la frontera de los Estados Unidos.

Hacía mucho que Pero Galín no se metía en un tren. Desde su llegada de Solumaya a la ciudad de México sólo había hecho breves excursiones a Querétaro y a Puebla, para visitar las viejas iglesias y a los coleccionistas de estos lugares. Ahora sentía una extraña sensación de novedad, como si fuera a un mundo diferente.

Atrás quedaba la ciudad de México en donde pasó los mejores años de su vida. Parecíale como que la tierra se tragaba su vieja casona, sus raros amigos maniacos, sus conocidos bazares, sus amadas baratijas que fueron por mucho tiempo la única atracción de su espíritu bueno y atrasado. Parecíale como que se desprendía de su propia naturaleza para dejarla ahí, abandonada a los mozos de cordel de la estación.

Metióse el tren por la red de hierros viejos, de tanques, de tubería, de carros de carga, de casetas, en el patio de la estación; y era aquella una clara mañana de sol, de las tibias y radiantes del gran valle de México, para dar alegría y optimismo al espíritu.

Lota arreglaba las maletas, los estuches, las cajas de los sombreros, los útiles de aseo, mientras que el tren, por entre vallados de verdura, iba dejando atrás Tacuba, Tlanepantla, Barrientos, Lechería, Cuautitlán, estaciones anunciadas por coros de viejas famélicas y de niños astrosos que ofrecen a los viajeros, con cargante insistencia, platos de pollo, naranjas, frutas azucaradas, tazas de café, ollas de leche, vasos de pulque.

Al pasar por Cuautitlán, el gabinete estaba ya del todo arreglado para vivir allí monótonos dos días y medio de viaje: las toallas con sus listas azules formando un rimero en picos sobre la parrilla del lavabo; los suaves almohadones blancos, que el *porter* negro había colocado maquinalmente sobre el sofá; abierta en la página de la tabla indicadora de la ruta México-El Paso, la guía oficial de los Ferrocarriles Nacionales.

—Todo está listo —dijo Lota sentándose por fin al lado de Pero, quien sonreía

con evidente mortificación, como un muchacho tímido que se ha metido en una aventura.

—¡Ah, sí... gracias! —fue lo único que pudo responder Pero Galín.

Lota, alegre, continuó:

—Bien, ahora...

En el mismo momento sonó el zumbador eléctrico de la puerta del gabinete:

—¡Boletos! —dijo el empleado del tren, requiriendo los billetes de transporte.

Como a las dos de la tarde el convoy dejaba atrás San Juan del Río, entre la gritería de los vendedores que asedian a los pasajeros y a las 3 y 42 minutos se detenía en la estación de la vieja Querétaro, de donde partían agudos reclamos:

—¡Hay camotes!

—¡Los plátanos pasados!

—Niña, ¿no lleva los deshilados?

—¡Camotes!

—¡El turrón de coco, legítimo!

—¡A cinco solo, a diez con jarro!

—¡Los camotes!

—¡Ópalos, cinco pesos el paquete!

—¡Llevarán los camotes!

Pero Galín aguzaba la vista, tratando de descubrir algo.

—Mira —dijo—, aquí en Querétaro hay muchas cosas que ver...

—Sí —repuso Lota—, aquí hay muchas cosas que ver: santos apolillados, altares dorados, casullas viejas. ¡Que los parta un rayo! Para antigüedades, ahora te tengo a ti. Y cuidado que me costó trabajo entenderla y hacerme de ella.

A las 7 se bajaron a estirar las piernas mientras el tren se detenía en Celaya. Más vendedores de fritangas, de sarapes, de deshilados, aturdían con sus ofertas. Aparecieron los que ofrecen las cajetas de Celaya, el más popular de los dulces mexicanos.

—¡Patrón, las cajetas del Caballito; lleve usted una docena!

—¡Éstas sí son las del Caballito! —gritaba otro.

—¡Las cajetas del ferrocarril, de a 10, de a 20!

Un mendigo ciego, con arpa y lazarillo, se acercaba a los carros y cantaba:

Las cartas que me diste
en mi poder las tengo,
con ellas me entretengo
de noche sin dormir.

Caían sobre el roto sombrero monedas de cobre, mendrugos.

El tren siguió en la noche, mientras dejaba atrás Salamanca, Irapuato, Silao...

A las 9 apareció el *porter*.

—Con permiso de ustedes, voy a hacer las camas ¿quiere usted que haga las dos de abajo? —dijo dirigiéndose a Pero Galín.

Hubo un momento de silencio. Lota, como distraída, se arreglaba el tocado en el espejillo de la bolsa de mano.

—Está bien... haga usted una —contestó Galín.

Y contra su costumbre, se puso a silbar, cualquier cosa, mientras salían a la plataforma para dejar al negro arreglar el cuarto.

El convoy con su rispido ruido de hierros cruzaba ya por las áridas tierras de Zacatecas, que el fanal de la locomotora decoraba extrañamente con su intenso cono luminoso.

Cuando Pero Galín, al dejar el lecho, alzó la cortinilla del carro, el día estaba ya muy avanzado y el tren se detenía en Camacho, una de tantas estaciones con dos o tres miserables cabañas, el tanque que guarda el agua para los trenes y algunos arbustos que el sol y el polvo que azotaba en gruesos nubarrones, había resecaado implacablemente. Dos gallinas, un cerdo, un niño desnudo, un charco, completaban el paisaje.

El camino iba desarrollándose entre lejanos y escuetos cerros, macizos de tostados yerbajos aquí y allá, terrenos resquebrajados por el calor. Después Torreón, la pequeña ciudad en donde convergen los negocios de la región lagunera, emporio del algodón mexicano.

Muy entrada la tarde inicióse la gran llanura del estado de Chihuahua. Las estaciones anunciaban nombres muy conocidos en la historia de las últimas revoluciones: Jiménez, Conejos, Bachimba, Rellano.

Pero Galín había pedido la carta al mozo del bufet.

—Queda café con leche y jamón. Si usted quiere otra cosa puede ser que en la próxima estación se encuentre algo.

Un momento de contrariedad y al fin decidióse por el café con leche y el jamón.

Otra noche de balanceo en el carro y de tremendos rechinamientos de hierros, alternados con el silbato de la locomotora y el choque de los carros cada vez que se detenía el tren. En el silencio de la noche se oía la voz de un garrotero:

—¡Ahora se murió la máquina! Hay que darle agua.

O bien:

—Se salió un carro de segunda. Van a poner las *tortugas* para levantarlo.

Pero y Lota oían con interés estas frases y a ratos sentíanse como arrullados, en las paradas eventuales del convoy, por el jadeo monótono de la máquina. Después algunas campanadas y volvía el ruido, el chocar, el tambaleo.

Al día siguiente la llanura era más escueta y a las diez aparecieron grandes masas de arena, como médanos, que a trechos eran detenidas por palizadas para que no inundaran la vía.

A las 11.25 llegaron a Ciudad Juárez, en el mismo límite con los Estados Unidos, separada de la ciudad de El Paso por el río Bravo.

Pero Galín y Lota Vera descendieron del carro rápidamente, con visible deseo de poner fin a un viaje largo y aburrido, de salir de aquel reducido espacio, con su peculiar olorcillo a hule, a cocina y a hierro. Y evacuadas las formalidades de pasaportes y registro de equipajes, entraban a territorio de los Estados Unidos.

Lota guiaba; había hecho otras veces el mismo viaje y le eran conocidos los detalles del paso de la frontera. Pero Galín, con más curiosidad que temor, se dejaba llevar. Acomodáronse por unas horas en el hotel Paso del Norte, mientras que tomaban el tren que los conduciría a California.

Pero Galín observaba, intrigado, desde el balcón del sexto piso. Abajo una calle comercial, con muchos rótulos, con un tranvía que llevaba sobre la plataforma del frente unas banderitas metálicas, una de México, la otra norteamericana. Aquel tranvía era el que hace el tráfico por el puente internacional. Enfrente una casa de banco, un puesto automático de naranjadas, una tabaquería, una fonda; a la izquierda un edificio de doce pisos, el primer rascacielos que veía —fuera de los grabados— Pero Galín.

Un extraño conjunto de mexicanos y norteamericanos se mezclaba en las calles. Niños indígenas de Chihuahua ofrecían, en inglés, los diarios de la ciudad, con el inglés contraído y nasal propio de los Estados Unidos.

—*Pas'Times! H'rald! E'vning Post!* —oíalos decir, según la nacionalidad del comprador de los periódicos:

—*Five cents!*, ¡cinco centavos!

Las primeras sensaciones de un nuevo país se atropellaban en aquellos momentos en la cabeza de Galín. Ni siquiera tenía tiempo de ordenarlas, de meditar en nada. Había que salir a tomar el tren para Los Ángeles. Esperaron unos momentos en la gran sala de piedras y mármoles blancos de la estación del Sud Pacífico, el paso del Sunset Limited, el gran expreso que recorre la enorme curva que se tiende entre Nueva Orleans, en el Golfo de México y San Francisco, en el Pacífico.

De cuando en cuando, un hombre de uniforme azul gritaba maquinalmente con acento gangoso:

—¡Pasajeros al Golden State Express! ¡Sale dentro de 10 minutos para Denning, Lordsburg, Bowie, Tucson, Maricopa, Phoenix, Yuma, Calexico, San Diego!

Galín y su mujer subieron al Sunset Limited, el orgullo de la gran vía del Sud Pacífico. Acomodáronse en un *compartment* reluciente, cómodo para un viaje rápido, sin el estorbo del sofá de los gabinetes, con todos los detalles para cubrir las necesidades de un buen aseo.

Comenzó el desfile de pueblos, de granjas, de casitas. La tierra yanki se revelaba ahora con sus conocidas particularidades; sin ningún alarde de arquitectura, sin ningún monumento, preparada toda para la agricultura intensa.

Acodado en la ventanilla, Pero Galín veía pasar estaciones con nombres que nada decían a sus recuerdos ni a su imaginación: Anapra, Lanark, Afton, Aden, Myndus, Denning, Gage... Ni una cupulilla, ni una torre, ni un soportal a lo lejos. Nada de

historia, nada de tradición, sólo las cosas que el dinero puede dar inmediatamente. Casitas de madera al frente de parcelas sembradas de trigo y de cebollas. En los poblados más grandes algunos rótulos sobre frontones de madera: la droguería, la tienda de comestibles, la oficina de correos. Ahora la velocidad era de 90 kilómetros por hora y el tren, sin choques, sin esperas, marchaba con regularidad fastidiosa.

—¡Qué insoportable exactitud! —había dicho Pero Galín.

Lota respondía:

—¡Tú crees que en esta complicada organización de transportes, van a detener los trenes para que los viajeros busquen cúpulas de azulejos y bargueños apelillados! ¡Hombre, por Dios!

Recorrieron el convoy. Pero Galín comenzó a percibir aquellas cosas de organización y de sistema de que Lota venía hablándole. Visitó el carro-club, con su servicio de escritorio, con sus revistas ilustradas y los periódicos del día, con su cuarto de peluquería y planchado de ropa, con sus butacas para los fumadores; estuvo en el carro de observación, con sus cómodos sillones, con su plataforma cubierta de sillas plegadizas, para contemplar el camino; echó una ojeada al gabinete, en donde en plena vía el viajero puede darse un baño y pasaron ambos, por último, al coche-comedor —atravesando diez carros dormitorios— con su excelente servicio de viandas.

—Quiero una cerveza.

—Pero, hombre, tú que nunca tomas cerveza —replicaba Lota— aquí se te antoja. Te darán Budweisser sin alcohol.

—¿Quieres decir que aquí no hay libertad?

—¿Quieres tú decir que así entiendes la libertad?

Y Pero sonreía, acostumbrándose un poco a su nueva vida.

—Estas comidas —agregaba— me saben a farmacia, a pintura. Prefiero mi atole de cáscara.

A la mañana siguiente atravesaban el Río Colorado, en la región del Yuma, en los límites de Arizona y California.

—México irredento —comentó Pero Galín.

—Estos apóstoles —replicaba Lota— necesitan primero redimirse ellos de sus ideas y engrandecer la tierra que les queda. Mira, tú, redentor, a ver si te fijas en esas tierras para que cuando regreses a la tuya te dediques a levantar cosechas y a construir canales, en vez de poner todo tu espíritu en las baratijas y en las cosas que ya pasaron hace más de un siglo.

Ahora entrábase el tren por la región de Niland y llegaba, a poco, a las tierras de la pompa frutal. En filas estrictas alineábanse los naranjos, los perales, todas las variedades de la frambuesa, del higo, de la manzana, del melocotón. Separábanlos callecillas que se perdían en el horizonte, limpias, sin un abrojo.

—Quiero verte —decía Lota— en la costa occidental de México, haciéndole la competencia a estas gentes. Podrías exportar furgones de tomates y de melones, que

aquí tienen un gran mercado.

—¡Ya me veo —contestaba Pero—, ya me veo yo sembrando tomates en Mocerito!

Aparecieron las últimas poblaciones del camino: Savanna, San Gabriel, Alhambra, Shorb. Después el tren se metió por entre hierros y puentes y surgieron algunas calles con sucios galerones, con fábricas cubiertas de polvos amarillentos, de residuos de carbón. Carros de ferrocarril metíanse en los edificios, para descargar. En los cruceros sonaban campanas de seguridad para detener el tráfico al paso del convoy. Fábricas, fábricas, fábricas. Camiones, *side-cars*, automóviles. Algunos negros, en las aceras, enseñaban su sonrisa blanca. Pasaban indiferentes unos chinos, en un tramo con vidrieras polvosas y rótulos en caracteres asiáticos. Después una maraña de rieles. Enseguida el tren se detuvo en un andén cubierto con larguísimos cobertizos blancos. Los Ángeles. Un negro de gorra de cuero roja echaba a un carrillo portátil los equipajes de mano. Un agente de transportes solicitaba los billetes de los baúles. Pero y Lota echaron a andar por un pasaje subterráneo, tapizado con carteles de excursiones y con anuncios indicadores de entradas y salidas y de la situación de los trenes. Surgieron por una gran escalinata que, a pocos pasos, conducía a la calle. Como cincuenta *chauffers* de taxímetros ofrecían sus servicios, con gritos agudos, sin pasar de una línea imaginaria en la mitad del arroyo.

—Ahora vamos a un buen hotel... nuevo... moderno —dijo Pero Galín, heroico.

Lota llamó un taxi y subieron. Lota ordenó:

—¡Biltmore Hotel!

La lumbre de Hollywood

The legitimate pursuit of the Western World has been the acquisition of wealth, enjoyment of the sense, and commercial competition. America is supposed to have come nearer to an achievement of these aims than any of the older countries. It is beginning to be evident that no nation can progress beyond our present state, unless it is subjected to the creative will.

The Little Review, *Machine Age Exposition*

Repicaban en los cruceros con monótona regularidad las campanas para dirigir el tráfico y encendíanse, en pleno día, las luces rojas y verdes para detener o para reanudar la circulación de las calles. El irlandés de sencillo uniforme azul, con dos escuadras de galones en la manga izquierda, hacía las señales con reposada exactitud. Infundía seguridad y obediencia. Pasaban por las aceras, sin confundirse, las dos corrientes humanas que marchaban en dirección contraria. Hombres difíciles de clasificar, porque el aspecto de la indumentaria no varía en ellos sino en dos por cada cien; mujeres de faldas cortas, de sombrerillos de vivos colores, ligeras y desenfadadas; estudiantes con la nuca rapada; viejas con una bolsa de malla para ir echando las compras.

Imposible clasificar la geografía étnica en ese río de gentes. Apenas algún negro, algún japonés, algún latino de origen indígena. Jerseys y suéters por todas partes, con su nota viva, reluciente, de cuadritos de colores rojos, azules, grises. Hombres gordos y muchachos que nunca han dado un estacazo en el golf, van en traje de golf, a evacuar cualquier asunto que no tiene nada que ver con los deportes.

En los mostradores de *Bullock's*, de la *5th Avenue Store*, hay una balumba endiablada. Tres mil mujeres y dos hombres se atropellan, se confunden, manotean, chillan, gritan, ruegan, interrogan ante las mesas en donde hay pedazos de telas de los más diversos diseños, piezas de listón, guantes, aparatos para limpiar alfombras, gorros de hule para el baño, pañuelos Arrow en estuches de cartón, tubos con dentífricos, petacas para viaje, batas de baño, velas decoradas, novelones románticos, baterías de cocina, collares de vidrio, plumas-fuente. Apretadas hileras de gentes suben y bajan por las escaleras automáticas, desde los basamentos en donde está la última palabra del *bargain*, hasta el piso en donde se encuentran las piezas «de arte»: biombos japoneses, *book ends* imitación de bronce, pebeteros de barro, veladoras de Chicago, cajitas checas iluminadas. Los rótulos colgantes son como faros para surcar aquella procela.

Lota y Pero mezclábanse por todos aquellos sitios, iban siempre presurosos, al ritmo de aquella ciudad que se ve crecer por minutos al influjo decisivo de su gran

cámara de comercio, de su agricultura circundante, de sus pozos de petróleo y de su colosal industria del cinematógrafo.

Pero Galín —como habíalo anunciado su mujer— manejaba. Al volante en su Buick de turismo, conocía la complicada organización del tráfico. Como si no hubiera hecho otra cosa en su vida, metía con facilidad y por todas partes su coche, entre los dos millones y pico de vehículos que circulan en California. Para sentir más seguridad en su nueva vida habíase inscrito entre los socios del *Automobile Club of Southern California* y había hecho colocar, en el radiador del carro, la conocida insignia de la campana y la rueda. Sabía también cómo no perder la cabeza en el intrincadísimo orden que imponen las reglas del tráfico, por medio de rótulos obsesionantes:

Despacio

Alto

Izquierda

Derecha

Una vía

No se detenga aquí

Puede usted estacionarse aquí hasta las diez de la mañana y desde las nueve de la noche

Puede usted estacionarse por cinco minutos

Hay una escuela cerca

Hay un parque para niños

Tenga cuidado

Curva

Cuide su paso

Zona de seguridad

Sólo el problema del estacionamiento agotaba su paciencia. Las prohibiciones surgían a cada paso, implacables:

No parking

No parking

No parking

No parking

No parking

Propiedad privada: no se estacione aquí

Hospital: no se estacione aquí

Sentía por todos lados el brazo inflexible de la prohibición, tenaz inaplazable. Ahora valoraba el tiempo. ¿Por qué esa insistencia de hacerlo perder cinco, diez minutos, para ir a buscar el *auto park* donde meter el carro, el garage de diez pisos para hacer

obligado tobogán?

Habíase encontrado en el hotel al amigo que va a pasar temporada a Los Ángeles, renegador de cuanto ve, viajero indócil que todo lo encuentra inapropiado.

—¡Señor Galín, usted por acá! ¡Cuán transformado lo encuentro!

—Sí, me he transformado... en la casa de Alexander ¿sabe?, buenas telas, buenas cañas, buenos sombreros ingleses. No he venido aquí a buscar pantalones *balloom*...

—Por supuesto que ha ido usted a visitar las antiguas misiones.

—Por supuesto que no. Las antigüedades de aquí no me interesan. Ya quisiera conocer bien los monumentos de mi país.

—¿Quiere decir que no ha visitado usted las tiendas chinas de la Séptima Avenida?

—No, señor; pero me sé de memoria el camino de la calle Figueroa para ir a visitar los pozos de petróleo que están en la vía del puerto de San Pedro.

—Amigo Galín, me confunde usted con su apostasía. ¿Cómo pensar en usted, interesado en ver los campos de petróleo; en usted, hombre de buen gusto? ¿Por qué no va usted a San Francisco? Encontrará allá más cosas admirables que aquí. Verá usted el museo de arte; no es gran cosa, pero tiene sus piezas. Hay que ver la ciudad y la bahía desde Twin Hills. ¡Ah!, ¿y el barrio chino? Hay preciosidades. Busque, busque usted. Encontrará algo notable de cerámica. Y un teatro chino en la avenida Grant. Es un poco aburrido; los actores hablan en chino y deben decir cosas graciosas porque el público chino ríe a veces. Bueno, con ver dos escenas ya vio usted el teatro chino. Y hay estatuillas de piedra, de jade, de ágata. ¿A usted le gustan los kakemonos? Pues en la zona china se los consigue magníficos. Y estampas en papel de arroz, pomos pintados por dentro, telas bordadas, tallas en madera dorada...

—Mire usted, yo no he venido aquí a buscar esas cosas.

—Créame usted, no se arrepentirá de un viaje a San Francisco. ¿Usted conoce los trajes de mandarín?

—No, ni quiero.

—Bien. Ahora oiga usted lo que voy a decirle. Sería un pecado que usted, el anticuario más famoso de México, no fuera a ver esas cosas. ¿No quiere usted ver la ciudad china? Está bien, no la vea. Pero ¿usted sabe quién es Gump?

—¿Gump? No lo conozco.

—Ya me lo figuraba. ¿Pero usted sabe lo que es el paraíso?

—¡Hombre!

—Pues bien, Gump es el paraíso. El paraíso, sí señor. Si va usted al hotel St. Francis, sale usted del hotel St. Francis y camina por el lado izquierdo de la plaza, la plaza esa en donde está la columna del almirante Dewey; camina usted media cuadra más en la calle Post, y allí está Gump, enfrente de la librería de Paul Elder. No se detenga usted, después irá a la librería de Paul Elder, en donde hay cosas muy buenas ¡oh, qué pastas inglesas, qué ediciones raras!, ¡y todas las novedades literarias! Gump está enfrente. La planta baja no tiene importancia. Suba usted. Pregunte por Robert

Livingston Gump. Lo recibirá un caballero gordo, rubicundo; le hablará de su colección de pinturas. Es él. No haga usted caso de la colección de pinturas. Es mejor que pregunte por Robert Livingston Gump, Jr. Es el Virgilio.

—¿El Virgilio?

—Él lo guiará. Entonces verá usted la realidad de los sueños, la encarnación de los cuentos de hadas, la materialidad de las concepciones de Leon Bakst, los cuentos orientales a lo vivo, la *féerie*. Verá usted cómo van desfilando en los salones los tapices afganos, los vasos del siglo v, las armaduras persas, las lámparas hindúes, las filosas armas de las Indias Holandesas, los libros raros del Oriente lejano, las miniaturas que son prodigios de paciencia y calidad, los manuscritos de los poetas chinos, Hiroshigués y Korines. Gump os abrirá, al final, el salón de las más raras maravillas, depositadas en cuencos de madera, con cristal y puertas de seguridad. Veréis lo que va apareciendo en cada cuenco: los vasos de piedras duras, monolíticos, con diez y seis argollas labradas en el mismo vaso; los budas incrustados de resplandeciente pedrería, los cetros de oro y jadeíta, las ajorcas, los dioses mayores y menores de las religiones orientales. Amigo, hay árboles de jade, ¡árboles! Se reirá usted de las pequeñas piezas que usan los joyeros. ¡Árboles, con sus hojas, con sus frutos de jade, con adornos de ágata, con flores de coral! Gump...

Lota bajaba en aquellos momentos por la escalera del gran loby.

El loby del hotel Biltmore era su sitio predilecto para descansar, sin aburrirse, de las fatigas que le causaba la vida febril que hacía entre Los Ángeles, Hollywood y los contornos. Acomodábase en un sillón, cerca del stand de los cigarrros, para ver cómo discurría la gente pasajera. Al vasto salón de estilo español, con sus muros y sus columnas de una piedra pajiza que el arte industrial había imitado admirablemente, al *plafond* de maderas pintadas, a las pequeñas bóvedas de las galerías, de tono azul claro, a la magnífica rejería de la puerta que comunica con la calle Olive, a toda aquella decoración suntuosa y arcaica encontrábale cierto ambiente de escenario de ópera. Si se despejara la sala de aquellos turistas y agentes de negocios, ¡cuán bien entonaría allí una orquesta ejecutando alguna obra del viejo género melódico, mientras que los actores descendían, con sus trajes de utilería, por la doble escalera con reja de hierros dorados, que iba a terminar a una gran puerta recargada de pilastras y remates! Aquella puerta habíala visto, alguna otra vez, en una representación de una ópera de Donizetti.

A cada momento veía pasar grupos de viajeros que dejaban sus maletas en manos de los criados, mientras que inscribían sus nombres en el mostrador de mármol, desde donde el *bell captain* dirige la complicada organización de las siempre urgidas llamadas de los teléfonos. Repicaban como lluvia de piedrecitas las máquinas de calcular que funcionan tras de las rejas que cubren las oficinas instaladas bajo los dos arcos de enfrente. El *bell boy*, con su uniforme azul y plata —los colores de la casa— hacía quinientas veces en un día el mismo recorrido, metiéndose por todos los salones, galerías, pasillos, oficinas y comedores de la planta baja. Call Mr. Kineham,

6-3-2! Mr. Greeter, 4-8-3! Mrs. Manspeaker, 2-8-9! Mr. López, 9-7-4!

En torno, en los sillones, en los sofás, cerca de las mesas con carpetas y lámparas cubiertas de telas moradas, o de pie cerca de los ceniceros de hierro, las gentes que no tienen prisa, que comentan cualquier cosa, que fuman, que escriben tarjetas postales, que esperan la hora de la salida de los trenes.

Clavaba los ojos, enseguida, en los rotulillos luminosos de cristal verde, que son guías indispensables en el pequeño mundo de cualquier gran hotel norteamericano:

Tienda de cigarros
Humedecedor de tabacos
Teléfonos a los cuartos
Transportes
Información
Flores
Billetes de teatros
Taxímetros
Llaves
Estenógrafo
Western Union
Droguería
Excursiones
Elevadores

Esparcidos en el loby y salones anexos, los rótulos colgantes hacíanle impresión de raras luciérnagas.

Recorría después el grave salón para las damas, con su techo de *encasetonados* y relieves de bronce; la «galería real», larguísima, silenciosa, con sus cuadros, tapices y bronces de mal gusto; el espléndido comedor; la enorme sala de baile; los cuartos de exposiciones y prefería tomar el almuerzo en el lindo gril, tan cómodo y acogedor.

Parva urbe, orbe minúsculo, inquietante y nuevo, resultaba aquel hotel en la vida de Galín. Insensiblemente su espíritu íbase allegando aquellas cosas que lo rodeaban cada día y en rápida asimilación gustaba ya de las complicaciones que hacíanle fácil todas sus necesidades. El hotel le dio mucha luz para ver claro en la organización de la vida norteamericana. Encontró entonces mejores explicaciones de las tres grandes virtudes de aquel pueblo: sistema, cooperación, disciplina. Todo lo vio subordinado a estas tres ideas. El hotel se reproducía en el almacén, en la fábrica, en los transportes, en la granja, en los servicios municipales, en California, en la nación: sistema, cooperación, disciplina. Ahora encontraba la razón de muchos aspectos de la vida americana y descubría, también, la causa de las limitaciones espirituales de los Estados Unidos. Las tres grandes palabras habían acabado por dominar toda la vida material y toda la vida sentimental. En realidad, lo mismo la actividad agrícola que el

progreso del arte dramático, que la enseñanza universitaria, que el transporte de los combustibles, que el matrimonio, estaban regidos por sistemas iguales desde Florida hasta Oregon, por organizaciones legales semejantes en fondo y finalidad y por una cooperación mecánica y unánime de todos los individuos del país. Era la peligrosa perfección del submarino, maravilla de la ciencia, tan cercana a las grandes catástrofes.

—¡Es mucho hotel este país! —exclamaba Pero Galín cuando lo asaltaban estas cavilaciones. Y reflexionaba, luego, en la enorme importancia que conceden los norteamericanos al servicio contra incendios. A veces es sólo un hotel el que se quema, a veces es toda una ciudad, que es como un gran hotel al pantógrafo. Imaginábase al presidente de la república como el *chief-fire* de los Estados Unidos.

Frecuentemente sacábalo de estas meditaciones el grito agudo del *bell boy*.

—Call Mr. Galín, 9-3-2!

Era Lota, que urgida en el coche, lo esperaba en el callejón de vehículos que colinda con la galería.

—¡Basta de hotel —decíale—, vámonos a Hollywood!

Y el carro partía, en pintoresco itinerario, recorriendo unas treinta cuerdas de la calle Sexta, por el rumbo del Westlake Park, para entrar por la avenida Vermont a los dos grandes bulevares de Sunset y de Hollywood.

La Meca del cinematógrafo atraía los irresistibles. Iniciados en la vida del modernísimo barrio, sabían encontrar y gustar fácilmente los encantos ocultos para el viajero inadvertido. Toda blanca, toda clara, llena de alegría, cómoda, cara, de plástica sencilla, de alma turbadora, rica, plácida en unos barrios, febril en sus largos bulevares, deslumbradora de día, deslumbradora de noche, ingenua en apariencia, complicada en realidad, moderna, nueva, *up to day* por dentro y por fuera, Hollywood estaba ahí, tentando a cada hora el renovado espíritu de Pero Galín, el alma radiante de Lota Vera.

Y metiéndose de rondón en el parque de automóviles, dejaban allí el carro y encaminábanse al teatro Grauman's Egyptian, encanto de los bobos que se recrean en el patio de utilería, y piedra de toque para los grandes estrenos del cinematógrafo. Otras veces, en el café Montmartre —tardes de los sábados, reunión de las estrellas del filme— alegraban el almuerzo con el espectáculo de los danzantes del cabaret, los últimos foxes ejecutados por el famoso jazz de la casa y la contemplación de los artistas. Entonces sobrevenían las desilusiones:

—¿Ésa? —exclamaba desconsolado Galín—. ¡Yo la creía de última película!

—¿Ésa? —exclamaba desconsolado Galín—. ¡Yo la creía de veinte años! Además, esa nariz... Prefiero verla en la pantalla.

Los héroes, los villanos, las ingenuas, las vampiras, los príncipes, las hadas, los esclavos, las santas, todas las grandes figuras del cinematógrafo, cuyos nombres son lugares comunes de las gentes, estaban ahí en grupos, alrededor de las mesillas, almorzando unos, consumiendo otros, el *ginger ale* de las verdes botellitas. Un falso

turco, con chaqueta bordada, calzón bombacho y fez, distribuía tazas de café que iba sacando de un estrambótico aparato de latón reluciente. De cuando en cuando los caballeros metían mano al bolsillo trasero del pantalón, de donde extraían frascos metálicos con whisky para mezclarlo al *ginger ale*. Como muestra de acato a la ley antialcohólica ponían los vasos de *ginger* cerca de las rodillas y ahí hacían la mezcla con el whisky. La convención consiste en no servir el vino sobre las mesas, y aunque todo el mundo se entere de la ingenua triquiñuela, fingen creer que la dignidad de la ley queda así a cubierto.

Amigos del cabaret Montmartre habíanles franqueado las puertas de los grandes «estudios», los de las calles de Vine, de Cahuenga y de Sunset. Conocían, pues, de cerca —al pie de la vaca, como se dice en México—, los santuarios mismos de la industria cinematográfica, la revelación de los misterios de la pantalla, los trucos de lo maravilloso, los escenarios a donde no es dado penetrar sino a unos pocos elegidos. Por ahí habían visto, democráticamente sentado en los peldaños de una escalinata de cemento, a Adolfo Menjou, desdeñoso señor de los grandes dramas y árbitro de elegancias fotográficas; por ahí, en una silla de campo, entre cuerdas, alambres y tablas, habían encontrado a la misma Pola Negri, estrella insuperada, envuelta en una gran piel espléndida, con su rostro turbador de frente plana, de ojos cansados y profundos; y a la dulcísima Agnes Ayres, de claro pelo, toda llena de dignidad y lentas maneras, de inefable voz mesurada; y habían admirado la gracia de la pequeñita Shirley Mason; y departido un rato con algún gran director, sabio en la técnica de los estudios; y estrechado la mano de Novarro, el mexicano triunfante, sencillo, denunciando siempre su constante vibración artística; y la del *sheik*, Valentino, alegre, activo, apasionado, centro de cien intrigas amorosas.

No es fácil franquear la puertecilla en donde un vigilante atisba la llegada de los artistas, de los obreros, de las gentes que van a arreglar un negocio en las ventanillas de las oficinas, esperando horas y horas en el duro banco del pequeño vestíbulo. Después internábanse por entre las construcciones del «estudio». Aquí una sala que contiene la biblioteca de referencias; enfrente un galerón con telones y bastidores; más allá los cuartos del tapicero, del yesero, del electricista; luego una galería en donde se guardan las más diversas cosas: alfombras, ajuares, cortinajes, plantas, máquinas, armas, telas; a uno y otro lado de una callecilla las casas minúsculas en donde se visten los artistas principales. Después los grandes escenarios, debajo de enormes construcciones de madera, y una red, una complicada red de tablas, de tabiques, de cuerdas, de tubos, de bambalinas. En los claros de este laberinto es donde se impresionan las cintas del cinematógrafo.

Pero y Lota gustaban de ver a Raúl Walsh dirigiendo, como un comandante desde su puesto de combate en la torre de un acorazado, el paciente y complicado trabajo. La silla verde, con el nombre del director, era el centro de las operaciones. Dos o tres fotógrafos manejaban las cámaras. Walsh dejaba su silla a cada momento, para observar la escena en la escena misma; hacía cambiar la postura de unos y

modificaba el gesto de otros; volvía a la silla. Un criado avanzaba al escenario para limpiar con unos trapos la pintura del pavimento, que simulaba un piso de ónix. Después un grito:

—¡Listos!

Todavía un momento de observación.

—¡Cámara! —gritaba Walsh.

Y las cámaras funcionaban pocos minutos, a veces unos segundos. Muchachos con bloques de rótulos entre marcos de latón, corrían frente a los aparatos para que éstos impresionaran la indicación que después serviría para el arreglo definitivo de la cinta; y los rótulos señalaban un número, un cambio, una reprobación. Los comparsas —los «extras» se les llama en los estudios— que esperaban su escena, acogíanse a las bancas inmediatas, indiferentes o soñolientos. Cabeceaban, en la espera, negros auténticos ataviados de trapos chillantes.

—¡Listos! —repetía Walsh y se encendían al momento los intensos reflectores. En el escenario un oriental representaba el temido soberano de algún remoto país.

—¡Cámara!

Y el oriental, envuelto en hermoso manto de oro, cogía con dedos de larguísimas uñas una uva escogida de la bandeja de frutas que le presentaba una esclava. El gesto indiferente y la mirada burlona y cruel, cogía de los dientes la semilla de la uva y la arrojaba al suelo, mientras que un vasallo hercúleo y tremendo presentábale un collar de piedras preciosas.

—¡May! —gritaba Walsh y aparecía el vasallo, instrumento terrible del amo omnipotente.

El director observaba el gesto en la presentación del collar, la manera de arrojar la joya sobre los almohadones, y suspendía la escena. Y era después un ir y venir sobre el escenario, y un encender y apagar los reflectores y nuevas carreras de los muchachos con los bloques de latón. Diez, veinte, treinta veces repetíase la escena, ahora con un guiño modificado, ahora con un paso más breve, o bien suprimiendo algún pequeño movimiento, hasta que la exigencia del director quedaba satisfecha.

El pretendido mundo maravilloso del cine se les revelaba con categoría inconfundible: los claros de luna eran de mercurio; los mármoles, de betún; la melancolía la infundían una pianista y un violinista que ejecutaban vales desmodados, cerca de la silla del director; los palacios de Shariar eran escenarios de teatro; el gran mundo lo componían pobres diablos, «extras» de a cinco dólares al día; todo era la misma ficción del teatro, en donde el trabajo de calidad suele ser del autor y de los protagonistas.

Salían. En otro claro del laberinto se preparaba otro asunto: el hotelucho del *border*, con aventureros, vino, tiros, botellazos, *sheriff*, muchacha violada, sombreros tejanos, villano perseguido y héroe triunfante; todo lo necesario para hacer una cinta «mexicana», para ir sembrando la duda de México por esos mundos.

El bulevar henchíase con la salida de «extras», de oficinistas, de obreros, que

asaltaban los restaurantes. Mujeres por todas partes; mucho menos hombres que mujeres. Disciplina y sistema también en las comidas: la taza de caldo, la ensalada de lechuga, el insoportable pastel, la tacita de café. Nada más. Los dispendiosos piden el *pollo a la king*, que consideran el colmo de la *gourmandise*. Se van llenando los mil refugios para saciar el apetito: el gril, el restaurante, el café, el *quick lunch*, el *lunch room*, el cabaret, el *coffe house*, la cafetería.

Hollywood, barrio de Los Ángeles, no quiere ser un barrio: impone su personalidad y de buena gana levantaría su muralla china, para evitar confusiones. Tiene sus hoteles, sus escuelas, sus bancos, sus teatros exclusivos. Se viene de Los Ángeles a Hollywood; pero el hollywoodense piensa que no necesita para nada a Los Ángeles.

Cae la noche. Se encienden las lámparas urbanas, rebrillan los aparadores de las tiendas, las luces de los puestos de frutas, las linternas de las estaciones de gasolina y los rótulos, un delirio de rótulos por todas partes: los que se tienden en los predios sin construir, los que se elevan sobre el último piso de los rascacielos, los que sobresalen en los frontones, los que anuncian los teatros y cafés. Cabriolean las luces, se encienden y se apagan en atractivas combinaciones, ciegan como un fanal, corren, saltan, se ocultan, vuelven a encenderse. A lo lejos, en la parte más alta de la gran colina, hay unas letras luminosas, enormes, que dicen *Hollywoodland*.

Otras veces, Lota y Pero cambian la ruta, vanse al gran salón del Ambassador, escaparate de las elegancias del cine, cita del gran mundo. ¡Dioses! ¡Lo que diría don Pancho Bustillo si viera a Pero Galín, con smoking, bailando el fox de Helen Gone, subrayado por diez saxofones que hacen piruetas y chistes musicales! ¡Si lo viera ahora en su mesita, con sus botellas de *ginger* que complementa el frasco oculto en el bolsillo trasero del pantalón! ¡Si pudieran verlo los señores del bazar de la calle de Bolívar, rodeado de *flappers*, entre esta decoración de palmeras, tienda de beduino y globos de goma! ¡Con lo que ha cambiado el tema de Galín!

—Prefiero el jazz del Biltmore —dícele a sus acompañantes—, ¿se han fijado ustedes en la manera de arrancar? Es menos ruidoso que éste; pero con mas dignidad musical...

Las 2 de la mañana. La concurrencia empieza a desfilar. Las mujeres se llevan las preciosas figurillas de cera que decoran las mesas. Chispean las ricas pieles de los abrigos, las joyas. Una última mirada a las estrellas del cine, que van saliendo con ese aire triunfador que no las abandona nunca. Apriétanse los grupos al pie de la enorme pérgola, mientras los criados llaman a los coches. El jardín del Ambassador pone frescor inefable en las fatigadas gentes. Algunas parejas irán a pasar un rato, todavía, en las inmediaciones del gran estanque. En la terraza, aislado, el departamento de Pola Negri está todavía encendido. En la puerta, quizás, Lope, el secretario, gordo, sonriente, espera a la señora. La calle está en sombras. A lo lejos se divisan, todavía a esta hora, los anuncios luminosos del distrito comercial. Siguen desfilando los coches bajo la pérgola. Suben al suyo Lota y Pero. Vuelven a su hotel, sonrientes,

satisfechos, cansados, en silencio. Sopla dulcemente la brisa de la noche.

Aurora

Entonces el canto del gallo se armonizaba con mis sueños, enriqueciéndolos con un subrayado de clarín.

Alfonso Reyes, *El plano oblicuo*.

El rancho está a cuarenta kilómetros de la ciudad de México. Tiene una cómoda casita, en la que viven los dueños y en torno de ella hasta diez cabañas para los labradores. Hay un pozo artesiano, una huerta, un establo y un automóvil con carrocería cubierta de tierra y con placa de la ciudad de Los Ángeles.

El ferrocarril pasa a pocos metros de la casita, y del carro-correo cae todos los días un paquete con periódicos.

La casita tiene sus comodidades: dos buenas alcobas, un pequeño comedor, un baño, un cuarto con escritorio, papeles y libros, una terraza con macetas. Dos perros bravos están atados, durante el día, cerca de la terraza. Además hay un aparato de radio, que es el asombro de los campesinos que van a reunirse, todas las noches, cerca de una de las alcobas, para escuchar los conciertos y conferencias que transmiten las estaciones difusoras. Acaba de llegar otro chisme maravilloso; es un fonógrafo ortofónico que va a dar mayor amenidad a las veladas.

Los labradores tienen sus parcelas y buen jornal por su trabajo en las tierras del amo. Están contentos y no pueden —ni saben— desear más. Por las tardes los hijos de los campesinos dejan sus cabañas y van a reunirse a la terraza, en donde la señora del amo los enseña a leer. De cuando en cuando reciben mantas, sombreros, zapatos.

El amo es bueno y tiene siempre una sonrisa para todos. Los que han ido a la ciudad de México dicen que tiene una casa linda, muy grande, muy grande, con cosas muy raras.

—Tiene cosas como esas de las iglesias —dice un labrador.

—Y hartos trapos muy finos —agrega su mujer.

—Al patrón le gustan mucho los monos —dice el labrador—: tiene unos de palo, así de grandes.

Van reuniéndose las gentes cerca de la casa; un pastor saca del bolsillo un organillo de boca y se pone a tocar un aire de la tierra; el amo y su mujer, sentados en las mecedoras, desde la terraza, conversan con los labriegos.

—Patrón —dícele uno—, a Juancho se le atoró el tractor en un surco y el demontre ya no quiere salir...

Todos ríen como si hubieran escuchado lo más gracioso del mundo.

—Si no *cai* la helada —dice el mayordomo— la cosecha de este año será *rebuena*.

—No, este año no *cai* la helada —dice un viejo.

—¿Crees tú que caiga? —dice otro labrador.

—No, yo creo que no.

—¿Y tú?

—No.

—Yo prefiero el cacomixtle —dice una mujer.

Todos vuelven a reír.

—¿Y usted, patrón?

—Yo también prefiero el cacomixtle —dice el patrón.

—El cacomixtle se ha comido ya cuatro gallinas.

—Sí, cuatro.

Por la mañana las labores comienzan a las cuatro, cuando el campo está todavía en sombras.

Los amos son también madrugadores. A las cinco están en pie. El patrón monta en su caballo y sale a recorrer el rancho, a visitar el establo, a vigilar el riego.

Amanece. Pero Galín y Lota Vera, de pie en la terraza de su casita, cogidos del brazo, aspiran la brisa inefable de la madrugada. La tierra —recién llovida— exhala un vaho de energía. Cantan los labradores en los surcos. Chocan los botes en el establo. La tierra mexicana, fecunda y buena, va descubriendo su profundo paisaje. Un niño ha gritado ¡mamá! desde la alcoba. Va saliendo el sol.